

ANTONIO ESTREMER Y ANTONIO GARRIDO


LA BOLA

Farsa cómica en tres actos, en
prosa y original.



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24

1924



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

LA BOLA

A María Victorero de Espantaleón

Por una deferencia, que nunca olvidaremos ni agradeceremos bastante, se encargó usted de el papel de Encarna, de esta obra.

Su talento envidiable suplió airosamente la falta de ensayos y fué el suyo un acierto que nadie podría superar.

Reciba el testimonio de gratitud y admiración de

LOS AUTORES

LA BOLA

Farsa cómica en tres actos, en
prosa y original

DE

Antonio Estremera

Antonio Garrido

*Estrenada en el TEATRO POLIORAMA, de Barcelona, el 11
de Noviembre de 1924, y en el de el REY ALFONSO, de Ma-
drid, el día 28 del mismo mes y año.*



Copyright by, A. Estremera y Antonio Garrido

Imp. «GRAFICA MADRID»

DOÑA URRACA, 17

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

REPARTO

PERSONAJES

ENCARNA.....
FILO.....
DOÑA TERESA.....
FIFI.....
SOFIA.....
LUISA.....
MARION.....
BETTI.....
LULU.....«
NODRIZA 1.^a.....
IDEM 2.^a.....
VENANCIO.....
MONCADA.....
DON MEDARDO.....
TRONCOSO.....
DON JUAN.....
ROVIROSA.....
RABOSO.....
MAESTRO.....
FERNANDEZ.....
ARANA.....
JUNQUEIRA DOS SANTOS.....
TRASPUNTE.....
EL MEDICO.....
EL TAQUILLERO.....
UN ESPECTADOR.....
EL JAZ-BAND.....
CRIADO (no habla.....
Varios mozos del hotel.....

ACTORES

María Victorero.
Pascual Amesa.
María Comendador.
Teresa Zeri.
Araceli Sánchez Imaz.
Carmen Granda.
Rosario Molina.
Encarnación Gutiérrez.
Dolores Larrea.
Carmen Granda.
Araceli Sánchez Imaz.
Francisco Hernández.
Manuel Luna.
Juan Espantaleón.
Enrique Navarro.
Miguel Alonso.

Antonio Riquelme.

Pío Craci.
Rafael Terri.
Luis Banquer.
Rafael Calvo.
Rafael Terri.
Luis Banquer.
Casto Javaloyes.
Pío Craci.
Rafael Calvo.

La acción en Madrid. Epoca actual. Del acto segundo al tercero transcurren dos años.

Derecha e izquierda las del actor.

NOTA.—La ilustre actriz María Banquer interpretó en Barcelona un personaje de esta modesta farsa, inferior a su alta categoría artística.

AJ conocer, aunque indirectamente, el deseo de la insigne artista, los autores la excluyeron del reparto en el estreno en Madrid de «LA BOLA», y lamentando su impremeditada osadía de entonces, hacen constar su gratitud.

ACTO PRIMERO

La escena representa el camerino de un actor. En el ángulo de la izquierda tocador con pinturas.

En el muro de la izquierda perchas y estantes con trajes, pelucas, calzado, etc., etc.

Una pequeña mesita con periódicos ilustrados. Esta parte, que ocupará un tercio del escenario, estará separado del resto por un biombo. A la derecha divanes y sillas de tapicería, y en las paredes profusión de retratos de artistas.

Al foro, puerta que se supone da acceso a un pasillo que conduce al escenario.

Al levantarse el telón aparece MONCADA sentado en un diván, lívido, demudado y sin conocimiento. Le rodean, prodigándole sus auxilios, DON JUAN, EL MEDICO y SOFIA, que viste traje de sociedad.

SOF. ¡Ay, doctor! Que me parece que está muy malo...

MED. Repito que no tiene importancia. Es un desvanecimiento producido por la excitación nerviosa.

D. JUAN ¡Pobre chico!

LUISA *(Sale por el foro con un frasquito. Luce un traje de calle con sombrero.)* Aquí está el frasco de sales. ¿Vuelve?

MED. Volverá de un momento a otro.
(Le ha hecho aspirar.)

- ROV. *(Que sale por el foro vistiendo un lujoso uniforme fantástico y habla con acento catalán y exageradísimo.)* ¿Vuelve?
- D. JUAN Está al llegar. Al menos el doctor lo cree así. ¿Cómo va eso?
- ROV. Mire, ¡cómo tiene que ir! ¡Pues colosal! En el mutis mío me han hecho un murmullo de aprobación; qué digo de aprobación, ¡de entusiasmo!
- LUISA ¡Oh!, la escena mía ha gustado muchísimo.
- D. JUAN ¿Y qué? ¿Estás segura? ¿No te has equivocado?
- LUISA No, ni Dios lo quiera.
- ROV. Equivocarse, todavía no; pero vamos, en la escena del banquete te has comido un bocadillo.
- SOF. Menos mal que ha sido en la escena del banquete.
- MED. Ya vuelve. *(A Moncada.)* Vamos, hombre, ánimo. Tenga entereza.
- D. JUAN No tenga miedo. La cosa va bien hasta ahora.
- MON. ¡Ah!... ¿En qué están? ¿Ha terminado ya el primer acto?
- ROV. Está terminado, hombre. Y le van a llamar a usted a escena.
- MON. ¿Cree usted?...
- D. JUAN ¡No faltaría más! Saldrá usted cuatro veces. Para algo lo he mandado yo y para algo soy el empresario.
- MON. *(Con alegría.)* ¿De verdad?
- D. JUAN Esa es la orden que le he dado al jefe de la claqué.
- ROV. A más, ma ña en la narís que ha regalado ustet todo el teatro.
- D. JUAN ¡Buen olfato! No se ha vendido ni un solo billete. ¡Para mí no son los reventadores!
- MON. Eso me tranquiliza un tanto.

- LUISA ¿Está usted más fuerte?
MON. Sí; parece que sí. . .
MED. ¡Bah! Esto ya pasó.
 (Vase por el foro.)
- D. JUAN Arréglese usted la corbata que hay que
 estar preparado para salir a escena a salu-
 dar al público.
- MON. ¿Salir a escena yo? . . . No se si debo. . .
- D. JUAN Hombre, ¿no le han dicho a usted ya que
 la obra gusta?
- MON. De todas maneras, creo que no debo salir...
 Háganse ustedes cargo. Mi origen noble,
 el abolengo de mi apellido ilustre me lo
 vedan.
- ROV. ¿Pero que dise este hombre?
- MON. Me llamo Moncada, lo cual, si para muchas
 cosas es un honor, para otras, es una con-
 trariedad. Los Moncadas fueron favoritos
 de reyes, caballeros cruzados y ricos-ho-
 mes. . . Y yo me digo: ¿Debe un rico-home
 salir a escena de la mano de unos histrio-
 nes?
- LUISA ¡Ay que rico!
- ROV. Pues salga usted a saludar de la mano de
 Doña Isabel la Católica.
- SOF. O de Guzmán el Bueno.
- D. JUAN Por mí, como si quiere salir abrazao al oso
 de D. Favila. Ahora que salir, sale, porque
 no he regalao yo todo el teatro para que no
 salga el autor y desmerezca el éxito.
- MON. Yo. . . Don Juan. . .
- D. JUAN Si me lo dice usted antes, estrena usted
 este dramita en la Comedia Francesa, pollo.
- TRASPUNTE *(Aparece en el foro con un ejemplar en la*
 mano.) Señorita González, a escena.
- LUISA Voy.
 (Vase foro.)
- TRAS. D. Juan, aquí está el taquillero, que viene
 a darle la cuenta.

(*Vase foro.*)

D. JUAN Pero, ¿qué cuenta me va a dar si se ha regalado todo?

TAQUILLERO (*Entrando por el foro.*) Con permiso... Todo, no, don Juan. A última hora he vendido una butaca.

D. JUAN ¿Y de dónde la ha sacado usted?

TAQ. Es la de don Lesmes, que me la dió usted para que él la recogiera en la taquilla.

D. JUAN ¿Y por qué la ha vendido usted?

TAQ. Porque a la hora de empezar me dijo el hijo de don Lesmes que su padre estaba algo indispuerto y no venía. (*Entregándole una moneda.*) Tome usted las dos pesetas; es la única venta que se ha hecho en taquilla.

D. JUAN ¿A quién le ha vendido esa butaca?

TAQ. A un caballero alto, con perilla blanca, que me demostró gran interés en presenciar el estreno.

D. JUAN ¡Mal hecho!... Alto y con perilla blanca... Hay que vigilar a ese hombre.

MON. A ver si nos echa a perder la obra.

D. JUAN No tenga usted cuidado... Voy a decírselo al inspector de policía.

TAQ. Es fila novena, número dos.

D. JUAN Ha hecho usted una gracia... ¡Quién le habrá metido a usted!...

TAQ. Yo, don Juan...

D. JUAN ¡Déjeme usted en paz!

(*Vase malhumorado y detrás de él el taquillero.*)

MON. ¡Se me acabó la tranquilidad!

SOF. ¿Por qué?

MON. El señor de la perilla blanca me preocupa.

ROV. Pero, hombre, por malas intensiones que traiga ese hombre, ¿qué va a haser uno contra todos?

- SOF. No tenga usted miedo.
- MON. Parece que se ha molestado don Juan por lo que he dicho.
- ROV. Natural, hombre, natural. Por muy noble que sea usted, ¿por qué no ha de salir a saludar a los públicos?
- MON. Si yo no lo hago por mí, señor Rovirosa; pero yo tengo un tío, Arcadio de Moncada, a quien no veo desde hace muchos años, y cuyo paradero ignoro, tan fiel guardador del prestigio de nuestro nombre y de la pureza de nuestro linaje, que si supiera que un Moncada pisaba el tablado de un escenario, se moriría de repente.
- SOF. ¡Caray con el señor!
- MON. Por temor de ofender a éste, mi único pariente, mi vida está llena de sacrificios. Pero, en fin, si hay ocasión, saldré a escena.
- LUISA (*Saliendo.*) ¡La muerte del marqués ha sido un efectazo!... Vengan ustedes, que está terminando el acto.
- MON. ¿Saldré a escena?
- ROV. ¡Qué haser, hombre! Ahora, en cuanto que yo me caiga muerto por el pistoletazo que me da el embajador, van a volverse locos de gusto, porque voy a haser una caída brutal. Vamos.
- MON. Sí, sí, vamos.
(*Hacen mutis todos menos Sofía.*)
- VENANCIO (*Aparece por el foro con aire de indecisión.*) Buenas noches, señorita.
- SOF. Buenas noches...
- VEN. ¿Sería usted tan amable que me indicara donde se halla el autor de esta estupidez que tienen ustedes el honor de representar?
- SOF. ¡Caballero! Eso de estupidez...
- VEN. Lo he dicho de corazón.

- SOF. (*Con rentintín.*) Hay opiniones... Por lo visto no es usted amigo del señor Moncada.
- VEN. ¿Amigo? No; hermano más bien.
- SOF. ¿Entonces?
- VEN. Pero la fraternidad nada tiene que ver con la dramaturgía.
- SOF. Tenga usted en cuenta que el señor Moncada es un autor que empieza.
- VEN. Pero que empieza de un modo abominable. En los veinte minutos de representación que he presenciado, han muerto: el primer actor, la dama y doce comparsas.
- SOF. Piense que se trata de un drama policíaco.
- VEN. Será un drama policíaco; pero parece una epidemia.
- SOF. (*Con sorna.*) Además, no creo que le haya costado a usted muy cara la localidad.
- VEN. No. Me la han regalado esta mañana en la peluquería donde me rasuro ordinariamente. Por cada servicio regalaban una butaca, y al que además tomaba loción, le daban un palco.
- SOF. ¡Pues quéjese usted entonces!
- VEN. No me quejo del precio, me quejo de la loción, primero, y del drama, después. Y esto no quiere decir que no aprecie al «coiffeur» y al autor. Moncada, señorita, es mi amigo de la infancia. Hombre de gran capacidad para la industria y los negocios; por su timidez, sin duda, no halló en España capital propicio para desarrollar sus iniciativas.
- SOF. Eso, sí; como tímido, es muy tímido.
- VEN. Hace algunos años partió para la Argentina y no había yo vuelto a tener noticias de él hasta que ayer leí, con la consiguiente estupefacción, que mi amigo estrenaba un

- drama policíaco en este teatro. Eso es todo.
- SOF. ¿Luego no es usted autor?
- VEN. No, señorita.
- SOF. Pues yo, al oírle hablar mal de la obra de su amigo, supuse que era usted un compañero de oficio.
- VEN. Yo soy uno de esos hombres que sirven para todo, o lo que es igual, un hombre que no sirve para nada; pero mi temperamento, puramente neoyorquino, me permite abarcar los más varios negocios. Tenga usted la amabilidad de ojear este prospecto. *(Le entrega un papel.)*
- SOF. *(Leyendo.)* «La Bola.» Gran casa de viajes, de Venancio Requejo.
- VEN. Ese soy yo y esa es su casa.
- SOF. Mil gracias. *(Leyendo.)* «Establecimiento montado al estilo de los mejores hoteles del extranjero. Pensión completa desde cuatro pesetas». *(Sin leer.)* ¿Eh? ¿Es posible, caballero?
- VEN. Sí, señorita. Sabía que se sorprendería usted. He aquilatado mucho en los precios. *(Dentro se oye una gran ovación.)*
- SOF. Ya ha concluído el acto... Escuche usted la ovación que hace el público a su amigo de usted...
- VEN. Lo que me alegra muchísimo.
- SOF. *(Desde el foro.)* ¡Es un exitazo!
- VEN. No me explico como le habrá dado a ese chico por escribir para el teatro.
- SOF. Ya vienen. *(Venancio se retira modestamente a un rincón, sentandose en un diván.)*
(Por el foro salen Moncada, Rovirosa, Fernández (que viste de apache), Luisa y don Juan. Todos felicitan a Moncada.)
- MON. Gracias, gracias a todos; están ustedes admirables. El éxito se le debe a ustedes.

- LUISA Sobre todo, Rovirosa ha estado colosal!
¡Que muerte ha hecho!
- D. JUAN (A Rovirosa.) ¿Ve usted, hombre? En los en-
sayos no acertaba usted y en la función lo
ha hecho divinamente. Así se hace la
muerte instantánea.
- FERN. ¡Es un gran actor!
- ROV. Tengan ustedes en cuenta que creo que me
he partido la cabeza.
- LUISA Sí, el golpe ha sido terrible.
- MON. Gracias, Rovirosa, gracias; así es la muerte
instantánea. ¡Muy bien!
- ROV. Le advierto a usted que mañana me muero
con agonía.
- FERN. ¿Y para qué?
- ROV. Porque mientras agoniso, me busco un si-
tio bueno para morirme, y así no me daré
con un bastidor como esta noche.
- MON. Eso es lo peor.
- ROV. Lo peor es que tengo un catarraso que no se
como me voy a arreglar para llegar al fi-
nal... Antes por poco empieso a estornu-
dar.
- D. JUAN Eso no; por Dios, Rovirosa, que cuando es-
tornuda usted una vez, hay para rato.
- ROV. Doy ocho justos desde la infancia; no ma
falla. (*Entra en el camerino y se cambia de
ropa, auxiliado por un criado.*)
- FERN. (*Haciendo mutis por el foro.*) Me voy a ves-
tir para el segundo acto.
- LUISA Y nosotras también.
- SOF. (A Moncada.) ¡Animo, hombre, ánimo!
(*Váse.*)
- D. JUAN Habrá usted visto que no le he engañado.
Ha salido usted cuatro veces.
- MON. ¡Gracias, don Juan!
- D. JUAN Al final del segundo acto saldrá usted seis.
- MON. Es usted muy amable.

- D. JUAN No hay que temer.
(*Váse.*)
- VEN. (*Que al verse solo con Moncada sale del rincón en que se hallaba y se dirige hacia su amigo ofreciéndole los brazos.*) ¡Insigne dramaturgo!
- MON. ¡Eh! ¡Tú! ¡Venancio!
(*Abrazos.*)
- VEN. Si, tu amigo de la infancia; el único quizás que conserves en Madrid después de tantos años de ausencia.
- MON. No he ido a verte porque ignoraba tu paradero y con los ensayos no he tenido tiempo material de buscarte... Créeme que si hubiera sabido de ti te hubiera enviado tres o cuatro palcos para esta noche.
- VEN. No ha sido preciso; pero hablemos de nosotros, ¿qué ha sido de tí? ¿Cómo tú autor a estas alturas? Explícate.
- MON. ¡Ay, Venancio! Mi vida, ¡no quieras saber!; ha sido un cúmulo de desdichas y sinsabores. Yo, tan encogido y tan tímido como siempre, llegué un día a pensar en vengarme de esta sociedad incomprensiva y cruel.
- VEN. ¿Y escribiste este drama para vengarte?
- MON. No. Pensé en el crimen y en el suicidio, hasta que un momento de lucidez decidí dedicarme al teatro.
- VEN. ¿Pero qué graves sucesos te han arrastrado a adoptar resolución tan trágica? Hace diez años, cuando por última vez nos vimos, tú partías para la Argentina, donde esperabas encontrar a un tío tuyo
- MON. Justamente. A mi tío Arcadio de Moncada. Pero pese a mis pesquisas no pude obtener de él la menor referencia.
- VEN. ¿Tuviste suerte?
- MON. ¡Suerte yo!... Al contrario. Propuse a varios

capitalistas la implantación de asuntos de seguro éxito, que, como sabes, tengo bien estudiados, ¡y nada! Ni un céntimo. ¡El encogimiento de mi carácter es mi peor enemigo! No sabía convencer a nadie para que fuera mi socio capitalista.

VEN. ¡Pobre Moncada!

MON. Hace tres meses regresé a España y hasta hace ocho días he estado en Soria, donde tras larga dolencia, ha muerto mi tía Edelmira, única parienta que me quedaba en España.

VEN. ¿Y cómo te ha dado por hacerte autor?

MON. Fué en un momento de inspiración. Esta compañía de dramas policíacos estuvo en Soria; vi dos o tres dramas, me animé, hice éste, me lo admitieron para estrenarlo en Madrid y eso es todo.

VEN. ¿Y qué piensas hacer en la Corte?

MON. ¡Ay, Venancio! Pienso morir en aras de un amor imposible.

VEN. ¿Qué dices?

MON. Qué estoy enamorado como Romeo. Ella es de Soria.

VEN. ¿Y la has dejado?

MON. Al contrario, he venido tras ella.

VEN. ¿Te corresponde?

MON. Parece que sí; pero el padre supone que mi situación, si no brillante es buena, y cuando se entere de la triste realidad, me desengañará.

VEN. Tal vez no.

MON. Sí; me han asegurado que es un hombre que no da importancia en el mundo más que al dinero. Es riquísimo.

VEN. Y tú, claro...

MON. Figúrate. Yo por todo capital tengo seis mil cochinas pesetas.

- VEN. ¡¡Eh!! ¡Cómo! ¡Seis mil pesetas! ¿Y las llamas cochinas? ¡Ah, Moncada, no debería perdonarte la blasfemia, pero te la perdono!
- MON. ¿Qué dices?
- VEN. Digo que un hombre de ingenio que tiene seis mil pesetas, es Romanones.
- MON. Deliras.
- VEN. No deliro. Y sabes lo que tienes que hacer para ser rico y casarte.
- MON. Hacer una comedia que me de mucho dinero.
- VEN. Esa te la hago yo.
- MON. ¿Tú?
- VEN. Sí, yo. ¿Te confías en mí?
- MON. Ciegamente.
- VEN. Pues si haces con esas seis mil pesetas lo que a mí se me ocurra; mejor dicho, si me las entregas, que es lo primero que se me ha ocurrido, juro que te hago rico a ti y me hago rico yo.
- MON. ¡Es posible!
- VEN. Mañana te vas a vivir a mi casa y hablaremos.
- MON. ¿A tu casa? No quiero molestar.
- VEN. Tu no molestas! Guárdate ese papel y léelo con tranquilidad.
- (*Le da otro prospecto.*)
- MON. (*Leyendo.*) «La Bola»—Casa de Viajeros de Venancio Requejo» ¿Pero te has hecho hotelero.
- VEN. Yo hago todo lo que hay que hacer para atrapar dos miserables leandras.
- MON. Por lo visto, a ti tampoco te ha ido bien.
- VEN. Rematadamente. Como sabes, a poco de irte tú a la Argentina me casé; pues mi esposa ha sido mi ruina.
- MON. ¿Es dilapidadora?
- VEN. Al contrario; es una de esas mujeres que de una peseta hacen dos.

- MON. ¿Entonces?
- VEN. Pero es que con la descendencia hace lo mismo que con las pesetas y por efecto de esa malhadada costumbre, siempre que he esperado un heredero me he visto sorprendido por unos gemelos.
- MON. ¿Siempre?
- VEN. No nos ha fallado. Mi mujer ha salido en los periódicos ilustrados más veces que Francos Rodríguez.
- MON. ¿Y cuantos chicos reunes?
- VEN. ¿Cuántos?... Espera... (*Recordando y diciendo nombres entre dientes.*) Nueve; sí, seguramente nueve.
- MON. Entonces ha habido un non.
- VEN. Lo que ha habido es un triplicao. Ya te enseñaré el «Mundo Gráfico».
- MON. ¡Pobre Venancio! También tu vida ha sido un poco trágica.
- VEN. Pero ahora se trocará en sainetesca, gracias a esas pesetas tuyas y a la comedia de dinero que te voy a hacer yo.
- MON. ¿En serio?
- VEN. El Evangelio.
- MON. ¿Y me casaré?
- VEN. A piedra y lodo. Es preciso que me presentes a tu novia.
- MON. Está en la platea cinco con su padre, el señor de Monreal.
- VEN. Te casaré y tu harás negocios, montarás industrias y llegarás a ser rico.
- MON. ¡Ilusiones, Venancio! Ningún capitalista ofrece su dinero a cualquier advenedizo. ¡Ah, si yo pudiera realizar mis planes sería rico! Pero me falta capital.
- VEN. Es que hay que pedirlo.
- MON. ¿Acaso no lo he pedido yo? Al padre de mi amada le hablé de un negocio de automóvi-

les y no me hizo caso. A don Juan de la Cuesta, el empresario de este teatro, que es riquísimo, le expuse un asunto de abonos químicos y me volvió la espalda.

ROV. *(Que se ha vestido ridículamente de buzo y lleva en la mano una escafranda muy mal hecha, se presenta orgulloso ante Moncada.)* Señor Moncada.

MON. ¿Qué quiere el amigo Rovirosa?

ROV. Que me diga usted su opinión... ¿Qué le parece?

MON. ¡Qué pregunta! Admirablemente caracterizado... ¡No se puede pedir más propiedad! ¿Verdad?

VEN. Si, si; por más de que yo no se/a punto fijo de lo que va el señor.

ROV. Voy de buzo, caballero. Vea usted la escafranda.

VEN. ¡Ah! Creí que era un botijo.

ROV. Pues está hecha con arreglo a un dibujo que yo mismo he hecho.

VEN. Se ve que no le ha llamado a usted Dios por el camino de la pintura.

ROV. *(Con superioridad e indulgencia.)* Veo que está usted poco acostumbrado a las cosas de teatro.

VEN. Bueno, ¿pero salen buzos en esta obra?

MON. En el primer cuadro ocurre en la playa. Ya habrás visto en el acto anterior, que aquí Rovirosa representa un hombre de perversas intenciones.

VEN. En cuanto ha hablado dos palabras he notado que era muy malo.

MON. Pues bien; en este acto. Luisa—que es la princesa—entra en el mar a bañarse y lleva el collar de brillantes.

VEN. ¡Hombre! Suprime eso. Es inverosímil. No hay quien se bañe con un collar.

- MON. No puedo. Es indispensable para que Rovirosa—que es el traidor—se meta en el mar disfrazado de buzo y la robe el collar a la princesa.
- VEN. ¡Ah! ¿Pero ocurre eso?
- MON. En el primer cuadro.
- VEN. Pues no tiene sentido común.
- ROV. A usted, no le gusta nada.
- VEN. Es que eso no le puede gustar a nadie.
- ROV. Pues ya ve como le gusta al público... Este acto será un exitaso; hay muchos cuadros, mucho movimiento... ¡yo no me equivoco nunca!
- D. JUAN (*Sale por el foro.*) Rovirosa, ¿cuando vamos a empezar?
- ROV. Ahora mismo, don Juan. (*Al traspunte, que apareció con don Juan.*) ¿Podemos empezar?
- TRAS. Cuando usted quiera.
- ROV. ¿Está todo?
- TRAS. Sí, señor.
- ROV. ¿La escopeta, el puñal, el veneno, la guillotina y las pistolas?
- TRAS. Todo está, sí, señor.
- VEN. ¡Qué horror! Este acto va a ser la inquisición.
- ROV. Pues arriba el telón.
- D. JUAN (*4 Moncada.*) Usted a la primera caja; ya le he dicho que no hay cuidado. Además, el autor debe estar en la primera caja.
- MON. Iré, sí, señor.
- D. JUAN Andando, que ya debe haber empezado. (*Hacen mutis todos menos Venancio y Moncada.*)
- MON. ¿No vas al público?
- VEN. Perdóname. Eso del baño de la princesa no quiero verlo. Soy reumático y la humedad me hace muchísimo daño.

- MON. ¿Te guaseas?
- VEN. Ve tú al escenario. Me explico tu impaciencia. Yo aquí te espero, pensando en la comedia que ha de hacernos ricos.
- MON. Pasa entonces aquí. Podrás distraerte. Hay periódicos.
- VEN. No te preocupes por mí.
- MON. Hasta luego.
- (*Vase por el foro.*)
- VEN. (*Se sienta al lado de la mesita.*) Si el mundo es comedia, es mucho más práctico hallar un asunto que sirva para solucionar una vida que para distraer un par de horas a los espectadores. . .
- (*Aparecen por el foro Troncoso y don Medardo. El primero es un hombre enriquecido y ordinario y luce muchas alhajas. Don Medardo tiene cincuenta años y se escucha al hablar y se ríe a sí mismo las ocurrencias.*)
- TRONC. ¿Aquí dijéronnos? ¿No?
- D. MED. Aquí, sí. Entremos.
- TRONC. Pero es que no hay nadie. No hay derecho a hacerme recorrer todo el teatro en busca de su amigo.
- D. MED. Amigo, lo que se dice amigo, en el terreno de la verdad, no lo es. ¿Está esto claro?
- TRONC. Clarísimo.
- D. MED. A este Moncada le conocimos en Soria, pero como nos ha enviado un palco para su estreno, mi mujer cree que debo entrar a saludarle. ¿Me he explicado?
- TRONC. Por lo visto su señora tiene simpatía por ese joven.
- D. MED. Simpatía, lo que se dice simpatía, si ponemos las cosas en su punto, no le diré a usted que sea; pero le ve con agrado. ¿Me expreso bien?

- TRONC. Como un libro. Ahora, que me parece que va usted a tener el disgusto de no verlo, don Medardo.
- D. MED. ¡Oh! No, Troncoso. Disgusto, lo que se entiende por disgusto, no he de tenerlo. Mi mujer y mi niña puede que lo tengan. (*Con intención.*) Sobre todo mi niña... ¿Me he dejado caer?
- (*Ríe con intención.*)
- TRONC. Ya noté que la chica aplaudía con mucho entusiasmo.
- D. MED. No me preocupa. Dentro de unos días regresaremos a Soria y la imagen de este pelagatos—y digo pelagatos, porque a una milla huele a pelagatos—se disipará para siempre. ¿No lo juzga usted así?
- TRONC. ¡Calle! Me parece que aquí hay alguien...
- D. MED. Veamos.
- TRONC. (*Llamando con los nudillos en el biombo.*) ¿Dan su permiso?
- VEN. (*Que ha estado abstraído hojeando periódicos.*) Adelante.
- D. MED. ¿El señor Moncada, nos hace usted el favor?...
- TRONC. (*Reconociendo a Venancio.*) ¡Requejo!
- VEN. Señor Troncoso. ¿Usted aquí? ¡Qué agradable sorpresa!
- TRONC. (*Con gravedad.*) No me venga con pava-das... Eso de agradable sorpresa...
- VEN. Lo digo como lo siento. El hecho de que le adeude a usted unas miserables pesetas, no quita que le vea con gusto... Pero ante todo, pasen ustedes y siéntense.
- D. MED. Muchas gracias.
- VEN. ¿Preguntaban ustedes por el señor Moncada? Está en el escenario. No tardará en venir. Ignoraba que fuera amigo de usted.
- TRONC. Y no lo es. Yo no le he visto en mi vida;

pero aquí, don Medardo Monreal, rico hacendado de Soria, desea saludarle.

VEN. ¡Cómo! ¿Usted es don Medardo Monreal, una de las personalidades más relevantes de Soria?

D. MED. ¡Caballero!

VEN. Sí. Usted tiene una hija lindísima por cierto. Moncada me ha hablado frecuentemente de su ilustre familia.

D. MED. El señor Moncada es muy amable...

VEN. Es justo. ¡Pocos deseos que tenía yo de conocer a usted, mi señor don Medardo! (*Presentándose.*) Venancio Requejo, propietario de «La Bola», gran casa de viajeros. Tenga la bondad de aceptar este prospecto. (*Le da uno.*)

D. MED. Mil gracias. (*Petulante.*) Vivimos en el Palace.

TRONC. Bueno, amigo Requejo. Ya que la casualidad ha hecho que nos topáramos, y ya que el amigo Monreal es de confianza, le recuerdo que pasado mañana vence la letrita de doscientas cincuenta pesetas.

VEN. ¡Oh! ¿Se cree usted que no lo recordaba?

TRONC. Sí; Pero vamos, como los tiempos andan mal, le advierto que esta vez no me es posible renovársela a usted...

VEN. ¡Qué locura! Ni lo intento.

TRONC. (*Sorprendido.*) ¡Hombre, me extraña!

VEN. Nada, amigo Troncoso, en mi deseo de saldar con usted, le ruego que me presente al cobro cuando quiera esa letra y las restantes que vencen en meses sucesivos. Se las pagaré de una vez y así liquidamos.

TRONC. ¡Caramba, amigo Venancio! ¿Ha mejorado usted de posición? ¿Le ha tocado a usted la lotería?

VEN. Ni lo uno ni lo otro; pero la llegada a Ma-

- drid de mi fraternal amigo Moncada—que por cierto desde mañana se hospedará en mi casa—ha hecho variar mi situación.
- D. MED. ¿Cómo?
VEN. No me avergüenza decirlo. Son tan estrechos nuestros vínculos de amistad, que no tengo más que pedirle una suma, por crecida que sea, para que él se apresure a facilitármela encantado.
- D. MED. ¿Pero es que el señor Moncada tiene fortuna?
VEN. ¿Cómo fortuna?..? ¿Qué está usted diciendo, señor Medardo?... ¡Pero tonto de mí! (*Titubeando.*) ¡Claro! ¡Naturalmente! Iba a cometer una indiscreción sin darme cuenta...
- TRONC. ¿Indiscreción?
VEN. Sí. Terrible.
- D. MED. Sin embargo, señor Requejo, nosotros somos unos hombres reservadísimos y puede usted sin ningún temor...
- VEN. Pues bien. ¿Ustedes me empeñan su palabra de honor de no decir a nadie?...
- D. MED. Absolutamente a nadie.
TRONC. ¡Ni a mi difunto padre!
VEN. Siendo así, oigan ustedes y estupefaccionense después. Mi amigo Moncada, más que rico es multimillonario.
- D. MED. ¿Eh?
VEN. Su fortuna, en los actuales momentos, se eleva a once millones de pesetas.
- TRONC. ¡Qué enormidad!
D. MED. ¡Parece una fantasía!
TRONC. ¿Y de qué procede ese capitalazo?
VEN. Procede gran parte de herencia y el resto de negocios felices.
- D. MED. Pero bueno, señor Requejo, ¿y por qué envuelve usted en el misterio la situación de su amigo?

VEN. Porque ese es el deseo expreso de Moncada. No quiere que nadie sepa que es poseedor de tan inmensa fortuna. Porque es un romántico y un escéptico al mismo tiempo. Me explicaré. Moncada que ha vivido intensamente anhelando hallar afectos desinteresados y amistades sinceras, se ha convencido de que en el rodar de la vida unos y otras surgían y se alimentaban al calor de su inmensa fortuna. Nadie le acogía mirando a su corazón, sino a su bolsillo, hasta que un día, ante la esperanza de hallar afectos desinteresados, decidió ocultar a los ojos del mundo su brillante posición.

D. MED. ¡Pobre muchacho!

VEN. Y desde entonces vive y se conduce con una modestia impropia de él, aceptando privaciones que sobrelleva complacido, con el deseo de cimentar en ellas sinceras amistades.

TRONC. ¡Por vida que es un caso nunca visto!

D. MED. Pero digno de alabanza y propio de hombre inteligente. Claro está que a mí no me engaña nunca el primer golpe de vista; desde que le conocí me dió un tufillo a dinero... Además, su simpatía, el desparpajo con que se conduce, demuestran que es hombre que tiene las espaldas bien guardadas. ¡Que sí hombre, que sí!

VEN. Pero es un comediante consumadísimo. Hablando de sus necesidades y su falta de dinero, da el camelo al más avisado.

D. MED. ¡Eso será a los tontos!

(*Ríe.*)

VEN. Y no pueden ustedes figurarse como se conduce con las personas que le demuestran afecto y confianza.

TRONC. ¿Qué hace?

- VEN. ¡Casi nada! Y para muestra basta un botón. No hara un año todavía que en San Francisco de California, nuestro hombre se hacía pasar por un pobre emigrante español. Pese a su situación precaria aparente, consiguió la amistad de un joven californiano que disponía de unos dólares. Moncada le habló de montar una fábrica de paraguas y aquel hombre, sin exigirle ninguna formalidad le entregó diez mil dólares para tal objeto.
- D. MED. ¿Y los aceptó Moncada?
- VEN. Los aceptó, y al cabo de unos meses se los reintegró al generoso donante, revelándole su verdadera situación y regalándole cuarenta mil dólares más, como pago de su rasgo generoso.
- TRONC. ¡Que hombre! ¿Y lo de la fábrica?
- VEN. Pura fantasía para poner a prueba la amistad del californiano.
- D. MED. ¿Y dice usted que Moncada se hospeda en su casa?
- VEN. Sí, señor, desde mañana.
- TRONC. ¿Supongo que me presentarán ustedes a su amigo?
- D. MED. ¡Cómo no! Ya verá usted que simpático es. Ya ve que le conozco hace poco; pues, sin embargo, hemos intimado muchísimo.
- VEN. Creo inútil decirles a ustedes que de lo dicho, ni una palabra.
- D. MED. ¡Por Dios!
- TRONC. ¡Quiere usted callar!
- VEN. No me lo perdonaría jamás.
- SOFIA *(Sale por el foro dando muestras de gran agitación.)* ¡Ay, Dios mío! ¡Que barbaridad! ¡Ay! ¡Ustedes no se pueden figurar!
- VEN. ¿Qué pasa?
- SOF. ¡Que están pateando de un modo horrible!
- TRON. ¿Es posible?

- D. MED. ¡También como iba!
SOF. Sí; pero se ha torcido y ya no tiene arreglo... ¡Pobre autor! ¡Dá una lástima el pobre cillo!... ¡Ve que le han quitado el cocido!
- D. MED. *(Con humorismo.)* ¡El cocido!
TRON. ¡Es gracioso!
SOF. ¡No le veo la gracia!
TRON. *(En voz baja a Sofía.)* ¿Es que usted no sabe?
- SOF. No, señor.
(Habla con Troncoso unas palabras.)
- MONCADA *(Sale agitadísimo y descompuesto, con cara de espanto.)* ¡Ay!... ¡Perdido!... ¡todo perdido!
- VEN. Moncada, ¿qué te pasa?
MON. ¡Que no hay remedio!... *(A don Medardo.)*
Perdone usted que no le haya saludado...
- D. MED. Ya me hago cargo; pero no se apure.
VEN. ¿Pero qué dices?
MON. ¡Que se están metiendo!
D. MED. ¿Con la obra?
MON. No, conmigo.
D. MED. Pero, ¿no iba divinamente?
MON. Ha ido divinamente hasta la muerte de Roviroso.
- VEN. Ah, ¿pero se muere otra vez en el segundo acto?
MON. Es otro tipo... Un bandido que muere de un tiro.
VEN. ¿Y se ha muerto poco a poco.
MON. No es eso; morir ha muerto bien; lo malo es que al instante de expirar ha lanzado un estornudo.
- VEN. ¡Arrea!
MON. Y como cuando empieza da ocho... al oír el primero, toda la compañía, llena de terror, esperaba el chasquido de los otros siete.
D. MED. ¿Y se ha percatado el público?

- MON. ¡Naturalmente! Además, su matador se aproxima al cadáver y tiene que decirle a Fernández después de examinar el cuerpo caído: «Señor, bien muerto está»; y figura que mientras el asesino se expresaba así, el cadáver seguía estornudando a más y mejor.
- D. MED. ¡Qué contratiempo!
- VEN. Pero hombre, eso será un incidente y seguirá el éxito, porque el público se hace cargo.
- MON. Es que no es eso sólo...
- D. MED. ¿No?
- MON. Con el buzo se han reído muchísimo.
- FERNÁNDEZ (*Que sale por el foro.*) ¡Señores, eso da horror!
- MON. ¿Ha terminado el acto?
- FER. Sí, en este momento; pero no se conforman.
- MON. ¿Cómo?
- FER. No; se les ha metido en la cabeza que maten a Roviroso otra vez.
- DON JUAN (*Sale por el foro.*) No saben ustedes lo peor?
- VEN. ¿Hay más?
- D. JUAN En el pasillo de butacas andan a bastonazos.
- MON. ¡Algún amlgo que me defiendel
- FER. ¡Sólo nos faltaba eso!
- MON. Vámonos a la calle... les suplico que me acompañen.
- D. MED. Sí, sí; vámonos.
- SOF. (*Que ha terminado de hablar con Troncoso*) ¡Quién lo iba a sospechar!
- TRON. Ya ve usted lo que engañan las apariencias.
- SOF. (*Aparte.*) (Multimillonario.) (*A Don Juan.*) Don Juan, haga usted el favor, que le quiero decir una cosa.
- D. JUAN ¿Qué es? (*Hablan aparte.*)
- LUISA (*Sale por el foro.*) ¡Ay, qué horror!... ¡Pobrecillo!

- VEN. ¿Qué pasa?
- LUISA Ese pobre señor, defendiendo la obra, se ha pegado con seis o siete... Aquí está.
- D. JUAN (*A Sofía.*) ¡Millonario! ¡Quién lo iba a pensar!
- UN ESPECTADOR (*Sale por el foro. Aparece con las ropas en desorden y los cabellos erizados. Es un hombre grueso, de aspecto simpático y larga perilla blanca.*) Buenas noches... ¿Dónde está el autor?
- MON. Servidor de usted.
- UN ESP. Joven, permítame usted que le salude... ¡Estoy indignadísimo! ¡Esto es una infamia
- D. JUAN ¡El de la butaca de don Lesmes!
- UN ESP. ¡Están pagados! No le quepa a usted duda—
están pagados! A mí me ha gustado mucho.
- MON. Muchísimas gracias.
- UN ESP. He invocado el derecho que le asiste al público que paga para que le dejen oír la obra; pero no han hecho caso y hemos llegado a las manos.
- MON. ¿Usted?
- UN ESP. Le he defendido a usted hasta el último extremo!... pero la fuerza bruta se impone.
- MON. ¡Vámonos, vámonos!
- VEN. Sí, a que te de el aire.
- UN ESP. Le acompaña a usted; no sea que alguno...
(*Va a hacer mutis.*)
- D. JUAN (*Deteniéndole.*) Caballero.
- UN ESP. ¿Qué se le ofrece?
- D. JUAN Yo no puedo consentir que usted haya pagado su localidad.
- UN ESP. ¿Cómo?
- D. JUAN Le ruego a usted que acepte estas dos pesetas que abonó en taquilla. (*Se las da.*)
- UN ESP. (*Confuso.*) Hombre...
- D. JUAN Y desde mañana, ya lo sabe usted... ¡aquí entra usted gratis!... ¡no faltaba más!... y

eso que quedan suprimidas las entradas de favor.

MON. (A Venancio.) ¿Ves que mala suerte tengo? ¡No es esta la comedia de dinero!

VEN. La comedia de dinero es la mía... ¡Ya he hecho el prólogo y me ha salido de mano maestra!...

T E L O N

ACTO SEGUNDO

Comedor de casa modesta. Dos puertas laterales a cada lado, y al fondo balcón con persiana. Aparador con muy pocos enseres. En el centro de la escena mesa redonda de comedor. Varias sillas que, como todos los muebles, serán de mala calidad, y se hallan en pésimo estado de conservación. En las paredes oleografías con marcos de madera, de los cuales la mayoría están rotos o desvecijados.

Hay en la escena varios rótulos pintados groseramente por la mano de un aficionado deplorable. Uno de ellos, colocado en la parte alta del foro, sobre el balcón, dice: «LA BOLA». GRAN CASA DE VIAJEROS. Sobre la primera puerta derecha hay otro en el que se lee número 1. Sobre la primera izquierda otro que dice: Número 2, y sobre la siguiente del mismo lado un último con las siguientes palabras: «Paso a las habitaciones del número 3 al número 100».

Es de día.

Al levantarse el telón la escena está sola y se oye dentro un ruido ensordecedor de gentes que riñen, niños que lloran y platos que se rompen.

FILO. *(Sale despavorida por la segunda derecha, como si viniera huyendo. Es una criada pataleta y luce una indumentaria deplorable. Lleva todo el pelo peinado para atrás y moño de «picaporte» muy tieso.) ¡Que ha sío sin querer, señita! ¡Que ha sío sin querer!*

- ENCARNA. *(Sale tras ella en actitud agresiva. Es una mujer de unos treinta años. Sale con las greñas colgando y lleva delantal y toquilla colorada. Al accionar zarandea de un modo atroz a un niño de pecho que sostiene en los brazos, quien a su vez llora como si estuviera haciendo oposiciones.)* ¡Galocha! ¡Manirrota! ¡Maldita sea la hora en que entraste en esta casa!
- FILO. ¡Señita, perdone usted!
- ENC. ¡Que perdone! Y me has roto en los ocho días que llevas en la casa más loza que un malabarista. ¿De qué tienes las manos?
- FILO. *(Mostrándolas muy ennegrecidas.)* De carbón; pero me las lavo de seguía si cree usted que están mal.
- ENC. ¡Qué han de estar! ¡Si parece que vienes de la manicura! *(Al niño, que sigue rabiando.)* ¡Y tú, a ver si te callas, hijo, que ya está bien! *(Gritando en vista de que el chico no la hace caso.)* ¡Que calles, condenao, que entre unos y otros no se puede vivir en esta casa!
- VENANCIO. *(Sale por la segunda izquierda en camiseta y desgredado como si acabara de salir del lecho.)* No se puede vivir a no ser que deje uno la trompa de Eustaquio en el guardarropa!
- ENC. ¡También tú!
- VEN. *(Enérgico.)* ¡También yo, que no te tiro una silla a la cabeza por no lisiar a un heredero, y a esta otra por no estropear una silla!
- ENC. ¡Pero, hombre!
- VEN. Así no se puede tener un hotel de primer orden, ¡porra! Porque si el elemento directivo arma bronca íntima todas las mañanas de siete a doce, se nos van a quejar los viajeros.

- ENC. Pero qué quieres que haga, si esta mujer la ha tomao con la vajilla.
- FILO. Señita, que es sin querer.
- VEN. *(Por el chico, que sigue llorando.)* Bueno, pero ¿qué le pasa a Polito?
- ENC. No sé. ¡A ver si te callas!...
- VEN. Paséale a ver.
- ENC. *(Paseando a grandes zancadas.)* Cuando este angelito la agarra, ni aunque le lleves a la Cuesta de las Perdices.
- VEN. *(El chico calla.)* ¡Está bien, hombre! ¿De qué sirven mis iniciativas si me las chafais todas? Mis desvelos por convertir esta casa en un Palas Hotel se estrellan en vosotras. ¡Qué escándalo a todas horas! *(Mirando a Filo.)* ¡Qué servicio tan deplorable!
- FILO. Señito, yo hago lo que puedo buenamente.
- VEN. ¡A la cocina!
- FILO. Pero, señito...
- VEN. ¡A la cocina!
- FILO. Güeno, güeno...
- ENC. Y rompe algo, hija.
- VEN. *(Váse Filo por la segunda derecha.)* Mira, Encarna, es preciso que pongas orden en esta casa, sobre todo ahora que vamos a tener una clientela numerosa y distinguida.
- ENC. *(Se para un momento; pero como el chico vuelve a llorar sigue paseándole.)* ¿Pero que quieres que haga para atender a todo yo, sola con la única ayuda de ese mostrenco de Filo.
- VEN. Ten paciencia que cuando ampliemos el negocio tomaremos otra criada.
- ENC. *(Nueva parada, nuevo llanto y nuevo trote.)* Luego ya sabes lo que dan que hacer las criaturas, que hasta que se van al colegio me tiene esclava.

- VEN. Además debes de tener más cuidado con las comidas, porque anoche pusiste una sopa que quería ser Juliana; pero que se parecía a la Juliana como yo a la Leonís.
- ENC. Pues no sé...
- VEN. Respecto al *ragú* de ternera que haces, te digo otro tanto. Antes tenías que buscar la ternera con microscopio; todo se volvían patatas; pero ahora, desde que se han enca-recido las patatas, sacas la cazuela que es un lago. Y a este paso tendrás que servir el *ragú* en botijo para que se lo tomen a cho-rrro los huéspedes.
- ENC. Pues no sé que quieres que los dé por cua-tro pesetas que pagan. (*El mismo juego.*)
- VEN. Sí; pero vamos, los haces un menú a base de líquidos, que para comer, más que tene-dor van a necesitar canoa. Sobre todo, a los huéspedes antiguos bueno que los trates con descuido, porque de esos el que no se nos muere se acostumbra; pero a Moncada, a mi fraternal amigo Moncada, tienes que darle un trato excepcional.
- ENC. Pues no se quejará de la cena de anoche, que es la primera que ha hecho en casa.
- VEN. Yo no sé si habrá quejao o no; pero lo que si sé es que anoche, a las doce, le dió un vahído que se me quedó privao.
- ENC. Pero volvió en seguida.
- VEN. Volvió en seguida; pero como no varies los menús pa mi que no vuelve.
- ENC. (*Aprovechando el silencio del chica se sien-ta, pero el chico llora desafortadamente.*)
¡Pero ves este crío! ¡En cuanto me paro la agarra!
- VEN. Pues ya lo sabes con tiempo pa cuando venga otra parejita... A ver si te salen con motor.

- ENC. Voy a ver si le duermo.
(*Paseando y cantando a gritos.*)
Me casó mi madre,
me casó mi madre,
chiquitita y bonita...
- VEN. ¡Chist! ¡Calla!
- ENC. Es que no se duerme si no le canto. Ya lo sabes.
- VEN. A él le dormirás, pero vas a despertar a todos los viajeros.
- MONCADA (*Sale por la primera derecha.*) Buenos días.
- VEN. ¡Caramba, Moncada! Lavantado tan temprano. ¿Eres madrugador?
- MON. No mucho.
- VEN. ¿Pues y eso? ¿Has extrañado la cama?
- MON. Yo a ella no; pero ella a mí sí me debe haber extrañado, porque me ha estado clavando unos hierros, por aquí, por la espalda.
- VEN. Falta de costumbre, ya te harás.
- MON. Sí que me haré, sí.
- ENC. ¿Ha sentido ruido?
- MON. Algo. Sobre todo a eso de las siete me han estado cantando «La Montería.»
- VEN. ¡Hay que ver!
- ENC. ¡Es la Filo! ¡Cuida! que se lo tengo dicho; pero es inútil.
- VEN. Pues mira: échala, porque ya estoy de canto y de Filo hasta la coronilla. (*Llora el niño.*) Y tú vete con esa criaturita y enséñale el *Mundo Gráfico* a ver si se calla.
- ENC. Le dormiré.
- VEN. Pero duérmele en la cocina.
- ENC. (*Cantando.*)
Me casó mi madre...
(*Váse por la segunda derecha.*)
- VEN. Pero que es eso, hombre... ¿Estás pensativo? ¿Acaso no tienes confianza en mí?

- MON. Absoluta, y para probártelo voy a cumplir mi promesa.
(Sacanao una cartera y de ella varios billetes de Banco que entrega a Venancio.) Ahí te entrego toda mi fortuna. Seis mil pesetas.
- VEN. ¿No te queda ningún resquemor?
- MON. No me queda nada. Me considero hombre fracasado en la vida por mi carácter irresoluto y tímido; puesto que te has comprometido a salvarme, ahí tienes mi dinero. Ahora dime lo que debo hacer para secundar tus planes.
- VEN. Nada. Absolutamente nada. Eso es lo admirable de mi estrategia. Sigue siempre como siempre has sido y haciendo lo que habitualmente hacías. Las iniciativas corren de mi cuenta y riesgo.
- MON. ¿Pero?
- VEN. Nada. Respecto a este dinero, ya irás viendo lo que hago con él. Por de pronto llevas la mitad en este negocio de «La Bola», que ampliaré inmediatamente. No tienes que preocuparte de pagarme hospedaje, y si necesitas algún durillo que otro para tus gastos, pídemelo que no soy tacaño.
(Se guarda los billetes en el bolsillo del pantalón.)
- MON. ¡Gracias, Venancio! Me conmueve oírte.
- TRONCOSO *(Saliendo por la segunda derecha.)* ¿Dan permiso?
- VEN. Adelante.
- TRONC. Si molesto me retiro y ya volveré.
- VEN. Usted no molesta nunca, amigo Troncoso.
- TRONC. Gracias; pero como estaba usted con el señor...
- VEN. Es que el señor es como si fuera yo mismo. Siéntese.

- TRONC. Con permiso.
- VEN. (*Presentando.*) Don Paco Moncada, autor y perito mecánico. Don Evaristo Troncoso, especialista en hipotecas y operaciones de préstamo.
- TRONC. Caballero.
- MON. Señor mío.
- TRONC. Pues yo venía, como quedamos anteayer, a traerle la letrita que vence hoy, si está usted en disposición de recogermela.
- VEN. ¡Como no, amigo Troncoso!... Ahora mismo. Pero... ¡caray que cabeza!...
- (*Queda pensativo.*)
- TRONC. ¿Qué le pasa?
- VEN. Que soy el hombre más distraído que hay. Al levantarme he cogido de la mesa de noche doce mil duros para algunos gastillos que me precisa hacer hoy. Bueno, pues en este momento no recuerdo que hecho de ellos... (*Troncoso dirige miradas expresivas a Moncada, y éste se queda perplejo al oír a Venancio.*) Yo no sé si me los he dejado en el lavabo o tal vez los haya metido en el bolsillo del pijama...
- TRONC. Vaya a ver.
- VEN. ¡Bah! ¿Para qué? No tien importancia. Ya aparecerán y si no aparecen ¡benditos de Dios vayan!
- TRONC. Pues si quiere usted volveré más tarde.
- VEN. Como volver. No faltaría otra cosa. Además, espere usted. Puede que para esa insignificancia que tengo que entregarle, lleve encima el dinero suficiente... Veamos. (*Metiéndose la mano en el bolsillo del pantalón.*) En efecto; sí, aquí hay algo. (*Saca los seis billetes de mil pesetas que le entregó Moncada con aire disciplente; pero procurando que se fije en ellos Troncoso, y los tira encima de la mesa.*) ¡Ya decía yo!

- TRONC. *(Que no deja de dirigir miradas escrutadoras a Moncada, hasta que le dice:)* Por lo que vemos, el amigo Requejo está en fondos. ¿Eh?
- MON. Sí... así parece.
- TRONC. Quién fuera él. ¿No?
- MON. Eso es... sí, señor.
- VEN. Conque, venga esa letrita.
- TRONC. ¿Va usted a recoger una o todas las que restan?
- VEN. Todas, Troncoso. Eso no se me pregunta a mí.
- TRONC. Pues ahí van.
(Le entrega unas letras.)
- VEN. *(Contándolas.)* ¡Pero como! ¿No son más que tres?
- TRONC. Nada más. ¿Le parecen pocas?
- VEN. Yo puesto a recoger letras, lo mismo me dan tres que el abecedario completo.
- TRONC. Son en total setecientas cincuenta pesetas.
- MON. *(Aparte.)* ¡Caracoles!
- VEN. Tome mil y ya me dará usted la vuelta cuando nos veamos. O si no se la gasta en bombones para los niños.
- MON. *(Aparte.)* ¡Caray!
- TRONC. Muchas gracias; pero tengo para devolverle.
(Le da unos billetes y se guarda el de mil.) Aunque cast casi es ofensivo devolver nada a un hombre que tiene tanto dinero como usted. *(A Moncada.)* ¿No le parece a usted que debía repartir con nosotros?
- VEN. Ya sabe usted, querido Troncoso, que mi gaveta está siempre abierta para usted.
- TRONC. Mil gracias.
- VEN. Y a Moncada, ¿qué he de decirle? Todo lo que tengo es suyo.
- TRONC. *(Elogiando la frase.)* ¡Bien traido! ¡Está bien traido!

- VEN. Sí, Troncoso, ¿para qué sirve la amistad de los hombres? Donde hay egoísmo y deseos de lucro no puede haber amistad.
- TRONC. Eso lo he dicho yo siempre. El que se llama amigo mío no tiene más que disponer de mí en todo y para todo. ¿No piensa usted igual?
- MON. Sí, señor; lo mismo.
- TRONC. Y usted, joven, ¿a qué negocio se dedica ahora?
- MON. A ninguno, señor Troncoso. Los hombres que como yo no pueden aportar a los negocios más que iniciativas, trabajos y buena fé; los que no tienen labia y mundología para captarse a los capitalistas, jamás logran salir de pobres.
- TRONC. (*Sin poder disimular su sonrisa.*) ¿No, eh?
- MON. No, señor. Yo no se en que consiste que todos los granujas encuentran dinero para las cosas más absurdas, mientras que los hombres que van animados de un propósito honrado y serio, jamás hallan quien les tienda una mano.
- VEN. ¡Es verdad! Si yo fuera rico, nada te faltaría; pero ¿que voy a ofrecerte yo con cuatro pesetas que tengo?...
- TRONC. ¿Y tiene usted proyectado algún negocio?
- MON. Varios y todos de positivo resultado. He venido a España con el deseo de montar u a fábrica de maquinaria agrícola; pero ahora como siempre han fracasado mis gestiones.
- TRONC. ¿Y necesita usted mucho capital para eso?
- MON. Relativamente, no. Con unas setenta y cinco mil pesetas se podía empezar.
- VEN. Pon cien mil, que siempre te quedas corto.
- TRONC. Vaya, hombre, vaya. (*Saca un talonario de cheques y una estilográfica; escribe, firma y entrega un cheque a Moncada.*) Pues aquí tiene usted.

- MON. ¿Qué es esto, señor Troncoso?
- TRONC. ¿Que ha de ser? Un cheque al portador de cien mil pesetas que puede usted cobrar de mi cuenta corriente del Banco de España.
- MON. Pero... ¿para qué?
- TRONC. Para montar esa fábrica de maquinaria agrícola de que hablaba usted.
- MON. (*Levantándose súbitamente de la silla e idiotizado por la alegría.*) Señor Troncoso... ¡Es posible!... Eso quiere decir que usted...
- VEN. Sí; que él es tu socio capitalista y que con ese dinero puedes desarrollar tu plan.
- MON. ¿Pero cómo me brinda usted esa protección sin conocerme, sin saber cual es mi moral...?
- TRONC. Basta, joven. No siga usted. (*Aparte a Venancio.*) ¡Qué bien disimula!
- VEN. Maravillosamente.
- MON. No; yo no debo aceptar, señor Troncoso.
- TRONC. ¡Quiere usted callar, joven! Usted, desde el primer momento, me ha sido extraordinariamente simpático. Yo no soy hombre que obre a más impulsos que los del afecto. Quiero ser amigo de usted y nada más. ¿Está esto claro?
- VEN. Clarísimo.
- TRONC. Pues no hablemos más. Emplee ese dinero como estime conveniente y a otra cosa.
- MON. Antes es preciso que firmemos un contrato, una escritura de sociedad...
- MON. Aquí no firmamos nada. A mí me mueve el afecto y la simpatía. Lo he dicho ya y lo diré cien veces.
- MON. (*Emocionado y a punto de llorar.*) Señor Troncoso, la gratitud que siento hacia usted hace que broten mis lágrimas.
- TRONC. (*A Venancio.*) ¡Qué buen actor es!
- VEN. Coquelin.

- MON. Este rasgo generoso se grava en mi alma con caracteres indelebles, y yo le juro por la sagrada memoria de mis antepasados que corresponderé a él dignamente..., perdóname un instante.
(*Con el cheque en la mano hace mutis por la primera derecha.*)
- TRONC. Bueno, este chico le da el camelo a cualquiera. ¡Menudo comediante.
- VEN. Y usted, menudo vivales está hecho, señor Troncoso.
- TRONC. ¿Cree usted que?...
- VEN. Que ha hecho usted su suerte. Conozco a Moncada como si fuera hijo mío.
- TRONC. ¿Y qué piensa?
- VEN. Pues pienso que si tiene usted habilidad esos veinte mil duros se le convierten por lo menos en cincuenta mil.
- TRONC. ¿En serio?
- VEN. Como usted lo oye.
- TRONC. ¿Y qué conducta debo seguir?
- VEN. Mostrar siempre una absoluta confianza en Moncada. No verle, o al menos procurarlo y si le ve, no dejar que le hable siquiera del asunto.
- TRONC. Entendido. ¿Y de ese modo?...
- VEN. De ese modo, un día; no se cual, le mandará a usted a su casa un fajo de billetes grandes.
- TRONC. ¿Me los mandará a mi casa?
- VEN. Para evitarle molestias. ¡Silencio! El.
- MON. (*Saliendo con un papel que entregará a Troncoso.*) Tome usted, señor Troncoso, y haga el favor de leerlo.
- TRONC. (*Leyendo:*) «He recibido del señor Troncoso la cantidad de...» (*Deja de leer y rompe el papel.*) ¡Vamos hombre! ¡No faltaba más!
- MON. Señor Troncoso...

- TRONC. Nada. Ni hablar de eso... Y ahora me retiro.
Venga esa mano.
- MON. Señor Troncoso, no tengo palabras...
- TRONC. ¡A calar! Aquí el amigo Requejo sabe mis
señas, Malasaña 87, su casa, por si tiene
algo que mandar.
(Recalcando la frase.)
- VEN. Ya mandará, ya mandará.
(Troncoso hace mutis por la segunda derecha acompañado de Venancio que vuelve inmediatamente.)
- MON. ¡Pero has visto!
- VEN. Sí.
- MON. ¿Y te explicas esto?
- VEN. No sólo me lo explico sino que lo esperaba.
- MON. Háblame, ¿qué es esto, Venancio?
- VEN. No me distraigas que estoy pensando en el
segundo acto de mi comedia que es el más
difícil.
- MON. Déjate de bromas.
- VEN. ¿Bromas, eh?
- MON. ¡Soy feliz! Con este negocio me hago rico.
¡Ya verás! Lo primero que voy a hacer es...
- MON. Vestirte, ir al Banco, cobrar el cheque, quedarte con las setenta y cinco mil pesetas que necesitas para tu fábrica y entregarme a mi las veinticinco mil restantes para ampliar LA BOLA.
- MON. Pero antes escucha, Venancio... Una duda cruel me asalta y me tortura.
- VEN. Habla.
- MON. ¿Haré bien en aceptar este dinero, dada la forma en que se me ofrece? ¿No habrá en ello nada denigrante para mi nombre?
- VEN. ¡Desvarías!...
- MON. ¿Si mi tío Arcadio de Moncada se enterase de esto, no tendría nada que reprocharme?
- VEN. Bueno, no digas más sandeces y vistete.

MON. Pero...

VEN. No olvides lo pactado: en ti mando yo; mi voluntad es tu ley.

MON. Es que...

VEN. ¡Nada! *(De un empellón le hace entrar en la primera derecha y cierra la pueria.)* Y yo ahora me voy a una tienda de muebles, compro una alcoba Luis XV y decoro el diez y seis como para hospedar a Mussolini cuando venga a vernos.

(Hace mutis por la segunda izquierda.)
ENC. *(Sale por la segunda derecha con el niño en brazos paseándole y cantándole para que se duerma.)*

La viudita
la viudita,
la viudita se quiere casar
con el conde
conde de Cabra
conde de Cabra de este lugar.

VEN. *(Sale otra vez y dice:)* Oye, Encarna, ¿dónde está?...
ENC. *(Obligándole a callar.)* ¡Chist!...

(Cantando, con la música de la canción anterior.)

No hables, no hables
porque el niño,
porque el niño lo puede sentir,
y si lo oye,
se espabila
y ya no le podría dormir.

VEN. *(Cantando también.)*

¿Dónde has puesto
la corbata
porque no la he podido encontrar?

ENC. Mira a ver
en la cocina,
me ñarece que está el en vasar.

(En este momento aparecen por la segunda izquierda don Medardo, doña Teresa y Fifi. Los tres traen bultos de mano.)

D. MED.

Buenos dí...

VEN.

(Imponiendo silencio.) ¡Chist!

D.^a TERESA

Buenos dí...

VEN.

(Imponiendo silencio.) ¡Chist!

ENC.

(Cantando.)

Por favor

no hablen ustedes

porque el niño se va a despertar.

VEN.

Siéntense

dos minutitos

y hágannos el favor de esperar.

(Encarna hace mutis por la segunda izquierda y Venancio por la segunda derecha. Los otros tres personajes se quedan estupefactos.)

D.^a TER.

Pero oye, Medardo ¿Esto es una fonda o es la filarmónica?

D. MED.

Mujer, es que deben ser diletantis.

FIFI.

Este matrimonio son unos excéntricos.

D.^a TER.

Unos excéntricos musicales.

FIFI.

Y que mal apariencia tiene esta casa, papá.

D.^a TER.

Mira que sacarnos del Palace, so pretexto de que allí no hay confort y traernos aquí!

D. MED.

Bueno; yo hago lo que hago porque se como lo hago. ¿Estamos?

FIFI.

Sí, papá; pero...

D. MED.

¡Silencio! Tú te callas.

D.^a TER.

Hombre, no te pongas así con la niña.

D. MED.

¡Tú enmudeces! Vosotras no sabéis de la misa la cuarta parte. Aquí el cerebro que piensa está debajo de este borsalino y este borsalino viene aquí a lo que viene. ¿Me habéis comprendido?

FIFI.

Pero, papá, como te vamos a entender, si tienes una conversación que es un concurso de pasatiempos.

- D.^a TER. Dices bien, Fifi.
FIFI. ¡Pues es claro!
D. MED. ¡Es oscuro! ¡Caray! Y no me hagáis que os repita otra vez lo del borsalino. Aquí es preciso que demostréis la más absoluta complacencia y que tratéis con sumo agrado a las personas a quienes veáis. Eso es todo y no hablemos ni una palabra más. Con que hagáis lo que yo, habéis cumplido.
- VEN. (*Sale vestido de calle.*) Señores, perdonen ustedes que antes...
- D. MED. ¡Oh, por Dios!
D.^a TER. ¡Por la Virgen!
FIFI. ¡Por todos los santos!
VEN. Pero es que los chicos no os salen tan líricos. que si no es a fuerza de música, no hay modo de que se duerman.
- D. MED. Eso demuestra una gran sensibilidad.
D.^a TER. ¡Un gran talento!
FIFI. ¡Un genio!
VEN. Pero ante todo, perdode usted, don Medardo que no le haya saludado. ¿Esta es la señora? ¿Esta es la niña? Muy distinguidas, muy agraciadas, muy bellas...
- D.^a TER. ¡Muy amable!
FIFI. ¡Muy cortés!
ENCARNA. (*Saliendo ya sin el chico.*) Ustedes perdonen que...
- VEN. Ven, Encarna. Voy a tener el gusto de presentarte a la muy ilustre familia Monreal.
- ENC. Señores...
- D. MED. ¿Es la señora? Muy distinguida, muy agraciada, muy bella.
- ENC. Muy amable.
- VEN. Muy cortés... Y bien, mi querido, e ilustre don Medardo, ¿a qué debemos la inopinada fortuna de verles a ustedes por esta su casa de huéspedes?

- D. MED. La simpatía de ustedes por un lado y el prospecto que me dió usted la otra noche son las circunstancias que nos han traído. Aquí mi señora, mi hija y yo, que aunque somos tres personas parecemos una sola, ya que en todo coincidimos, nos hospedábamos en el Palace; pero aquello, amigo Venancio, es insoportable. ¿He dicho algo?
- D.^a TER. Has dicho la verdad.
- FIFI. No tiene vuelta de hoja.
- D. MED. A nosotros nos gusta un alojamiento más cordial, más íntimo; una comida casera y sustanciosa... ¿Me explico? En resumen, para no cansarle a usted más, que hemos decidido alojarnos en su casa de usted si tiene gusto en ello y hay habitaciones disponibles.
- VEN. ¡Tanto honor! ¿Y que necesitan ustedes?
- D.^a TER. Dos habitaciones. Una para nosotros y otra para la niña.
- VEN. Pues hecho. A ustedes les pondremos aquí en el dos, que es una hermosa habitación para matrimonio recién casado, y a la niña la pondremos en el quince. Eso es, el quince: la niña bonita.
- D.^a TER. ¡Qué galante!
- ENC. Bueno, Venancio, creo que debes advertirles a estos señores que nuestra pensión tal vez sea demasiado modesta para ellos.
- D. MED. ¡Quiere usted callar, señora! A nosotros nos encanta la sencillez.
- D.^a TER. En habiendo tranquilidad y silencio, no necesitamos más.
- VEN. ¡Oh, señora! En cuanto a eso, puedo asegurarle a usted que el panteón del Escorial comparado con esta casa es un «super-tango». No hay más que oír a los huéspedes. Todos lo aplauden.

(Se oyen dentro enérgicas y repetidas palmadas.)

- D. MED. ¿Qué es eso?
- VEN. El timbre.
- FILO (Entra asustadísima, dando el biberón a un niño de pecho que trae en los brazos.)
¡Ay, señita!
- VEN. ¿Qué ocurre?
- FILO El señor del nueve que está desesperao.
- ENC. El que llegó anoche.
- FILO Sí, señita. Dice que le han despertao tres veces los niños llorando, y que se va.
- VEN. ¡Caray, qué genio!
- D.^a TER. ¿Pero es que se ha despertado ya el niño?
- ENC. Este no es el de antes.
- VEN. Es la parejita de aquél. Cuando uno se duerme se despierta el otro. Observan turno riguroso.
- FIFI ¡Qué monos!
- (~~¡~~ ¡Más palmadas.)
- FILO ¡Sigue llamando! ¿Qué hacemos, señita?
- VEN. Pues ir.
- FILO Es que si voy y ve al niño, me lo estrella.
- ENC. Tráelo y ve.
(Coge al niño.)
- FILO] (Va a hacer mutis y retrocede.) ¡El! Viene hacia acá.
- RABOSO (Aparece indignado por la segunda derecha con el sombrero puesto, el gabán al brazo y una maleta.) ¡A ver que se debe! ¡La cuenta: que se me dé la cuenta!
- VEN. Pero, cómo, caballero, ¿se va usted ya?
- RAB. Sí, señor. Yo llegué anoche reventado y, sin embargo, no he podido descansar. Me han dado una cama, que no es una cama, que es el tubo de la risa.
- ENC. Pues tiene un somier que es una hamaca.
- RAB. Luego, desde que ha salido el sol, me han

- despertado cada diez minutos, cantando, riñendo y llorando. Yo he venido a esta casa porque por la ventanilla del tren me echaron este prospecto que es una sarta de mentiras.
- VEN. ¡Protesto! Todo lo que dice ahí es el Evangelio.
- RAB. ¿Sí, eh? La prueba al canto. Aquí dice. (*Leyendo el prospecto.*) «Calefacción central en todas las habitaciones.» (*Sin leer.*) Bueno y lo único que hay es un brasero del tamaño de un plato, colocado en el centro del cuarto.
- VEN. Usted lo ha dicho: colocado en el centro; por eso se dice calefacción central.
- RAB. Y luego esto de que (*Leyendo.*) «Hay coches a la llegada de todos los trenes.» (*Sin leer.*) Es otra bromita de mal gusto.
- VEN. ¡Ah, y no los hay?
- RAB. No, señor. He buscado por todas partes el coche de esta casa, hasta que me dijo un mozo que no lo había.
- VEN. Es que al decir que hay coches a la llegada de todos los trenes, me refiero a los de punto, que no faltan jamás. Dice eso para orientar al viajero.
- RAB. Bueno, pues ahí van las cuatro pesetas (*Las tira sobre la mesa.*) que yo me largo. Por algo titula usted a la casa LA BOLA, porque todo es mentira. ¡Que usted se alivie! (*Hace mutis.*)
- VEN. ¿Han visto ustedes lo que es la incultura?
- D. MED. No haga usted caso. Sabe Dios como vivirá en su casa ese que tanto se queja. ¿Me he dejado caer?
- ENC. ¡Como si aquí no viniera gente que sabe distinguir!
- VEN. Sin ir más lejos, aquí se hospeda un hom.

bre que no vacilo en llamar modelo de exquisiteces, y, sin embargo, está encantado. Digo y ustedes le conocen. Me refiero a mi amigo del alma Paco Moncada.

D. MED.

¿Se hospeda aquí Moncada?

VEN.

Sí, señor, creí habérselo dicho la otra noche en el teatro.

D. MED.

No recuerdo...

FIFI

(*A doña Teresa.*) ¡El aquí! ¡Qué casualidad!

D.^a TER.

(*Aparte a Fifi.*) No te alegres hija, porque ahora nos vamos. Ya sabes que tu padre no le traga.

D. MED.

Pues hombre, me alegro. Moncada me es muy simpático. ¿Está esto claro? En fin, veamos las habitaciones que usted nos designa.

VEN.

Enséñaselas, Encarna. No se si cabrán todos; pero pasen ustedes.

ENC.

Pasen ustedes.

(*Vánse por la primera izquierda con Encarna; Filo por la segunda derecha.*)

VEN.

(*Al hacer mutis los demás personajes, se dirige a la segunda derecha, abre la puerta y llama con la mano.*) ¡Chist!... Moncada, ven.

MON.

(*Saliendo.*) ¿Qué quieres?

VEN.

¿A que no sabes quién está ahí?

MON.

No sé.

VEN.

Tu novia.

MON.

¿Cómo mi novia, si yo no tengo novia?

VEN.

¿No es tu novia la niña de don Medardo?

MON.

No lo es. Sólo he tenido valor para declararme a ella con los ojos.

VEN.

¡Valiente cosa! Pues es preciso que te declares con el resto del cuerpo.

MON.

¿Cuándo?

VEN.

Ahora mismo conviene a mis planes...

MON.

Pero, ¿Fifi está aquí?

- MON. Mira. (*Por Fifi que sale sola por la primera izquierda.*) ¡Fifi!
- FIFI ¡Moncada!
- MON. ¡Usted aquí!
- VEN. Sí; con su papá y su mamá. Vienen a vivir a mi casa; pero vamos, no perdamos tiempo. Declárate.
- MON. Pero...
- FIFI ¿Qué dice usted?
- VEN. Que se declare a usted.
- FIFI ¡Por Dios!
- MONC. Repara, Venancio... No me atrevo...
- VEN. ¡Eres idiota! Pero no importa; haré tus veces y ganaremos tiempo. ¡Fifi!
- FIFI ¿Qué desea usted?
- VEN. (*Arrodillandose.*) ¡La amo a usted!... (*Cambiando de tono.*) Bueno, yo soy Moncada. (*A Moncada y con pasión.*) Moncada, yo te correspondo. (*Como antes.*) Bueno, yo soy Fifi.
- MON. Pero...
- VEN. (*A Fifi y con exaltación.*) Fifi, desde el primer día que la vi no se lo que sentí... Era el amor. ¿No es verdad? ¡Responda, Fifi!
- FIFI ¡Siento un rubor!
- VEN. No hay tiempo, Fifi... Venga su mano para que se la bese. Yo soy Moncada. (*La va a besar.*)
- MON. (*Enérgico.*) ¡Moncada soy yo!
- FIFI ¡Eh!
- VEN. Pues arrodíllate.
- MON. Pero hombre... (*Venancio le obliga a arrodillarse ante Fifi.*)
- VEN. Ya son ustedes novios. Ponte a sus pies y bésala la mano. ¡Pero no! ¿Para que tanto cumplido? Abrázala.
- FIFI ¡Caballero!

- VEN. No la abrace. Díganse ustedes algo. Los dos se quieren, han hablado, se han entendido. Pronto, díganse algo y estréchense las manos.
(Le coge a cada uno una mano y se las junta, separándose él del grupo.)
- FIFI ¡Moncada!
- MON. ¡Fifi!
- FIFI Como iba yo a pensar oír de sus labios tan dulces palabras.
- MON. Jamás me creí con arrestos para pintarla mi pasión.
(Salen don Medardo, doña Teresa y Encarna.)
- D. MEDARDO La habitación está muy bien; la que me ha parecido un poco pequeña es la cama.
- VEN. Ya le dije. Para matrimonio recién casado.
- D. MED. Pero, ¡caramba! ¡que ven mis ojos! el amigo Moncada.
- MON. Don Medardo.
- D. MED. De palique con la chica ¿eh?... ¡Esta juventud! ¿Me insinúe?
- FIFI *(A doña Teresa.)* No se enfada.
- D^a. TER. Está tu padre que no le conoce ni mi suegra.
- ENC. ¿Quieren ustedes ver la habitación de la señorita?
- D. MED. Sí, ve con tu madre niña y ayúdala a deshacer las maletas. Mientras nosotros echaremos un cigarro. *(Vánse las tres mujeres por la segunda izquierda.)* Vaya un cigarrito.
(Ofreciendo a Moncada y a Venancio.)
- VEN. Espérense. Voy a mandar que nos suban una caja de habanos.
(Saca los billetes para que los vea don Medardo.)
- D. MED. No lo consiento... Además no es hora...

- VEN. Sea.
- D. MED. Y qué, amigo Moncada. ¿Qué piensa usted hacer ahora? ¿Hay algún negocio en planta?
- MON. Sí, señor; voy a montar una fábrica de maquinaria agrícola.
- VEN. Gracias a la liberalidad de Troncoso, que le ha facilitado dinero.
- D. MED. ¡Troncoso!
- MON. Sí, señor. Ese espejo de caballeros que me ha abierto su bolsa, depositando en mí una confianza que no acabaré de agradecer jamás.
- D. MED. Eso no tiene nada de particular. No hace falta ser un lince para comprender que es usted un caballero que merece toda clase de protecciones. ¿He dicho algo?
- VEN. Y además es un hombre inteligentísimo para sacar a flote cualquier empresa.
- D. MED. Precisamente tenía vivos deseos de echar un párrafo con usted sobre este particular.
- MON. Hable usted.
- D. MED. Recuerdo que un día en Soria me habló usted de un asunto que me gustó muchísimo.
- MON. ¿La construcción de automóviles según el modelo ideado por mí?
- D. MED. Justamente.
- VEN. Y qué modelo el de éste, ¿eh?
- D. MED. ¡No me diga! Es un modelo de modelos. Y luego suena muy bien «el Moncada 50 H-P. El landolet Moncada, el Moncada seis cilindros ..»
- VEN. ¡Qué eufónico!
- MON. Ah, si yo pudiera construir mi modelo, tengo la evidencia de que me haría millonario. Pero todo eso es un sueño. Para montar esa industria hace falta una fortuna.
- D. MED. Si mal no recuerdo me dijo usted que unos cincuenta mil duros.

- VEN. Se sienta. Tú siempre te quedas corto.
- D. MED. Pues bien, amigo Moncada, yo le voy a entregar a usted esa cantidad.
- MON. ¿Qué dice usted, don Medardo?
- D. MED. Lo que usted oye. Con este objeto he vendido papel y mañana le ingresaré en cuenta corriente a su nombre esas trescientas mil pesetas.
- MON. (*Emocionado.*) Don Medardo, sus palabras me han llegado al alma tan profundamente que no sé como expresarle mi gratitud.
- VEN. Realmente te será difícil pagar este rasgo sublime.
- MON. ¡Ah!, pero le pagaré, sí. ¡Lo juro por mi nombre!
- D. MED. Esto me molesta Moncada. Yo no soy hombre que mire al bolsillo... Soy un romántico; esa es la palabra. Busco afectos sinceros y amistades sólidas. Vale más la gratitud de un hombre que todo el oro del mundo. ¿Me he explicado?
- MON. ¡Don Medardo!
- D. MED. Nada, Moncada, ¿qué digo Moncada? Paco es más íntimo; pero tampoco Paco; Paquete me suena mejor. Pues bien, ¡nada, Paquete!... Yo quiero ser para usted un padre. ¿Lo oye bien? Un padre.
- MON. ¡Oh, padre mío!
- (*Le abraza.*)
- VEN. Bueno, no sigan ustedes por ese camino porque me están emocionando y voy a acabar por llorar.
- D. MED. (*Abrazando a Venancio.*) ¡Venancio, usted es un amigo!
- VEN. (*Aparte a don Medardo mientras le abraza.*) ¡Menudo guaja está usted! ¡Ha hecho usted un negocito regular!
- D. MED. (*Aparte a Venancio.*) Cuente usted con la

comisión. (*Alto.*) De modo que no hay más que hablar. Y ya lo sabes, Paquillo, ¿me permites que te tutee?

MON. ¡Cómo no, don Medardo!

D. MED. Pues bien, Paquillo, ya lo sabes, quiero ser un padre para ti. ¿Me he dejado caer?
(*Hace mutis por la segunda izquierda.*)

MON. ¿Pero qué es ésto? ¿Cómo la fortuna me prodiga sus dones con tanta largueza? ¡Cuál es el hada que me protege!

VEN. No es el hada, es el hado.

MON. ¿Helado?

VEN. ¡Heladísimo!

MON. No te comprendo.

VEN. Ni es preciso. Tú ahora a hacerte rico.

MON. Ya verás que industria monto con esos sesenta mil duros.

VEN. Cincuenta. Los diez de pico que he aumentado yo, son para ampliación y reforma de LA BOLA. Eso lo hago cuestión de gabinete, de alcoba y de comedor.

MON. ¡Hombre!

VEN. Nada, nada. No admito discusión ¿Qué más quieres? Dinero para dos negocios, una novia para casarte en seguida, que es otro negocio... ¿y a LA BOLA, nada? ¡No faltaría más!

FILO (*Saliendo otra vez asustada.*) Señito, que hay está el señor de antes.

VEN. ¿Y qué quiere? ¿A qué vuelve?

FILO A quedarse en casa.

RABOSO. (*Saliendo.*) Ya comprenderá usted que lo hago porque no me queda otro remedio.

VEN. No me lo explico.

RAB. Pues, ¡qué diantre!, lo explicaré yo. Por cuestión de intereses vengo de Jaén, en donde soy apoderado de un señor que reside en Madrid. De aquí me he ido a su casa

y en su casa me han dicho que no estaba y que esperase aquí un recado suyo. ¿Entiende usted por qué vengo?

VEN. Lo entiendo y para eso no es necesario enfadarse.

RAB. Lo que quiero es echarme a dormir un poco, si puede ser.

VEN. Sí, señor, podrá ser.

FILO. Tendrá que esperar a que le haga la cama, porque ya la he levantao.

RAB. ¡Estoy muerto! ¡Que me lleven a otra habitación!

FILO. Están toas ocupás.

VEN. ¿Quiere usted echarse aquí en la habitación de mi amigo, que es la más tranquila de la casa?

RAB. Bueno, pero que no me despierten, porque si me despiertan me ciego.

(Hace mutis por la primera derecha. Cierra después de entrar).

(Filo hace mutis por la segunda derecha).

MON. Bueno. ¿Y yo que hago? ¿Voy al Banco?.

VEN. ¡Qué locura! Tú debes hacer el amor a Fiff sin perder minuto.

MON. ¿Y que hago del cheque?.

VEN. Ven conmigo. Lo guardaremos en mi despacho.

(Hacen mutis por la segunda derecha).

(Encarna y Fiff salen por la segunda izquierda. La primera lleva el niño en brazos).

FIFI. ¡Estoy contentísima!

ENC. Me alegro mucho que entre usted con tan buen pié en mi casa.

FIFI. Sí, señora, y usted que es mujer comprenderá mi alegría. A mí me gustaba mucho, pero él no se decidía, hasta que hoy, por fin se ha, decidido y se me ha declarado con unas palabras tan bonitas...

- ENC. ¿Sí, eh? ¿Qué le ha dicho?
FIFI Pregúnteselo usted a su marido. Pero mi alegría es mayor, porque ya ha oído usted que mi papá consiente encantado.
- ENC. Ya lo he visto.
FIFI Yo debo darle esa buena noticia a Moncada. ¿No le parece?.
- ENC. Claro que sí.
FIFI Pero yo creí que estaría en esta habitación.
ENC. Habrá entrado en su cuarto que es ese. *(Primera derecha.) (Llora el niño).* ¿Otra vez? ¿Pero es que no vas ha dormir hoy? *(Se oye dentro al otro niño que también llora.)* ¡Y ahora se ha despertado el otro! *(Llamando.)* ¡Filo! ¡Filo!
- FILO *(Saliendo.)* Señita.
ENC. Coge a Polito y duérmele que no ha dormido lo suficiente.
- FILO. Corriendo. *(Vase por la segunda izquierda.)*
De seguida.
- ENC. Con permiso de usted. *(Cantando).*
Salieron cuatro monjitas
todas vestidas de negro...
(Vase cantando por la segunda derecha).
- FIFI *(Resuelta.)* ¡Yo le llamo! *(Golpeando con los nudillos en la puerta primera de la derecha.)* ¡Paco! ¡Qué alegría se va a llevar cuando sepa! *(Más fuerte.)* ¡Paco!. El, que le tenía a mi papá un miedo horrible, ¿Pero no sale? *(Golpeando con fuerza.)* ¡Paco! Que soy yo.
- RABOSO *(Abre furiosísimo y en mangas de camisa.)*
¡Y quién es usted!
- FIFI *(Aterrada.)* ¡Ay!
- RAB. ¿Qué quiere usted? ¿Qué desea usted?
FIFI Nada... ha sido una equivocación... usted perdone.
(Vase segunda izquierda.)

RAB. ¡Que casita!... ¡Y hace un momento he oído cantar! ¡Cancioncitas a mí! ¡Si cojo a la ti- ple esa la arranco el moño.

(*Cierra con furia.*)

FILO (*Por la segunda izquierda con el niño en los brazos dando grandes zancadas y can- tando.*)

Me agarraron de la mano

y me metieron adentro.

Peñidientes de mis orejas

anillitos de mis dedos.

RABOSO (*Sale trágico y dice con alegría siniestra:*)
¡La cogí! (*Sigue andando en puntillas de- trás de Filo, hasta que llega a ella y la su- jeta por el moño.*)

FILO (*Cuando la coge Raboso, coincide con la si- guiente frase que ella canta.*)

Lo que más sentía yo

era mi mata de pelo.

¡Ay! ¡Socorro! ¡Socorro!

RAB. ¡Una nota más y mueres como un pájaro!

FILO ¡Socorro!

ENCARNA (*Saliendo.*) ¿Qué pasa?

RAB. (*Que ya ha soltado a Filo.*) Pasa lo que no pasa en ninguna parte. Pero oíganlo bien: acercarse a esta puerta sin tener un nicho compraó es ganas de buscarse complicacio- nes.

(*Entrase.*)

FILO ¡Ay señita, qué susto!

ENC. Pero ese hombre es una fiera.

(*Vase Filo segunda derecha.*)

FIFI. (*Saliendo.*) A mí me ha recordado a Landrú.

D.^a TERESA. (*Que sale con D. Medardo.*) Cálmate, hija mía.

D. MEDARDO Si vuelve a asustarte le pego un tiro.

VEN. (*Que sale por la segunda derecha con Mon- sada.*) ¡A poner la mesa!

- ENC. ¿Pues?
- VEN. Van ustedes a comer bien, porque este y yo hemos encargado la comida fuera de casa.
- FILO (*Saliendo.*) Acaban de traer esta carta urgente pa ese tío.
- ENC. Pues cualquiera se la entra.
- FILO Yo misma. Ahora verá usted, señita. Tome al niño. (*Le entrega el niño a Encarna que tendrá uno en cada brazo.*) La recibe. ¡Vaya si la recibe!
(*Da un golpe terrible en la puerta, la abre, tira la carta y echa a correr.*)
- ENC. Anda ve trayendo el mantel y los platos y cuidao no vayas a romper alguno.
- MON. En la cocina hemos dejado un paquete de langostinos.
- VEN. Ponlos en la fuente y los traes.
- ENC. Ya están al llegar los niños del colegio.
- D.^a TER. ¿Pero tienen ustedes más?
- ENC. Si, señora; siete más. Los mayorcitos.
(*Filo pone el mantel en la mesa y a cada viaje que hace a la cocina trae platos.*)
- RABOSO (*Sale vestido, con el sombrero puesto y con el cabás en la mano.*) ¿Alguno de ustedes es el señor Moncada?
- MON. Soy yo. Servidor de usted.
- RAB. Mi poderdante me envía una carta y en ella esta otra para usted.
(*Le entrega una carta.*)
- MON. ¿Y quien es su poderdante?
- RAB. Don Juan de la Cuesta.
- VEN. El empresario que te estrenó el drama.
- MON. El mismo.
- VEN. Veamos que te dice.
- MON. (*Lee y da un grito de sorpresa.*) ¡Eh!
- VEN. ¿Qué te pasa?
- MON. (*Emocionado.*) La emoción y la gratitud no me dejan hablar. Lea usted.

(*Le da la carta.*)

- RAB. ¿No sabe usted leer?... (*Leyendo.*) «Querido Francisquete: Un día me hablaste de un negocio de abonos químicos que querías emprender. Yo entonces no podía ofrecerte dinero; pero he vendido unas finquillas y ya lo tengo. Mi apoderado, el dador de esta, te entregará lo que le pidas. Y no hablemos más del asunto. Lo hago por amistad. El afecto ante todo. Soy un romántico. Te abraza Juanete.»
- TODOS ¡Eh!
- MON. ¡Qué rasgo!
- VEN. Y te tutea.
- MON. Eso veo y eso me llena de orgullo y de gratitud.
- D. MED. ¡Bien poca cosa supone ese rasgo!
- MON. ¡Que ha de suponer para usted que es otro caso de bondad excepcional!
- RAB. Haga el favor de decirme que cantidad he de entregarle, porque deliro por ahuecar.
- MON. Pues para montar ese negocio yo he calculado unos quince mil duros.
- VEN. Veinte. Que tienes el vicio de calcular por bajo. (*Aparte a Moncada.*) Los cinco de pico para LA BOLA. ¡Que siempre has de olvidarte!
- (*Raboso saca del cabás paquetes de billetes y los va dejando sobre la mesa.*)
- MON. Le firmaré a usted el recibo.
- RAB. Tengo orden de no admitirlo. No se moleste.
- (*Llora un niño.*)
- ENC. ¡Calla, Polito! (*Llora el otro.*) ¡Tú también!
- RAB. (*Mirando a los chicos con rabia.*) ¡Angelitos! (*Ha terminado de contar los billetes.*) Ahí tiene usted cien mil pesetas... y ahora me largo.

- VEN. (*En vista de que los dos chicos forman un dúo inaguantable.*) Encarna, duerme a esos chicos.
- ENC. Voy, hombre, voy.
- RAB. (*Haciendo mutis.*) Señores, salud y tímpanos.
- ENC. (*Paseando y cantando.*)

A la limón
a la limón
que se ha roto la fuente.

(Al mismo tiempo que Raboso va a hacer mutis por la segunda derecha, tropieza con Filo que trae en la mano una fuente llena de langostinos. Al encontronazo de ambos, cae al suelo la fuente que se hace pedazos, coincidiendo la caída con la frase «que se ha roto la fuente», que canta Encarna.)

- D.^a TER. ¿Qué es eso?
- VEN. Que se ha roto la fuente.
- ENC. (*Inágnado con Filo.*) ¡Si cuando yo digo!
¡Vete de mi casa!
- FILO. Señita, si yo...
- VEN. ¡Haya paz! Hoy es un día de alegría. (*Se oyen fortísimos campanillazos.*) ¡Los niños que vienen del colegio!
- ENC. (*Con orgullo.*) Ya verán ustedes que guapos son... ¡Miren como entran!
(Se dirigen todos menos Moncada y Venancio hacia la segunda derecha.)
- MON. ¡Estoy anonadado! ¿Pero qué es esto, Venancio de mi alma?
- VEN. ¡Suerte que tiene uno! O mejor: suerte que tienen dos.
- MON. ¿Y qué debemos hacer?
- VEN. Tú, dedicar tu vida y tu alma al trabajo y al

engrandecimiento de esas industrias que has de implantar y yo ampliar LA BOLA y al mismo tiempo pensar en el desenlace de mi comedia de dinero, cuyo segundo acto termina en este crítico instante.

T E L O N

ACTO TERCERO

La escena representa una parte del hall de un elegantísimo hotel de viajeros.

A la izquierda dos puertas. La del primer término da acceso al gabinete de lectura y la del segundo a la Administración. Sobre ambas puertas letreros indicadores de esmalte.

En el primer término derecha se simula el arranque de la escalera que conduce a las habitaciones superiores.

En sitio muy visible y frente al público un rótulo muy lujoso en el que se leerá: «LA BOLA».

Es de noche. Antes de levantarse el telón se oye tocar por la orquesta un «pout-pourri» de canciones de niños.

Al levantarse el telón, al foro aparecen, formando animada tertulia y tomando café, licores, etc., LULU, BETTY y MARION, luciendo toaletas excesivamente provocativas, y acompañadas de ARANA, pollo vasco, y JUNQUEIRA DOS SANTOS, joven lusitano. Ambos visten de etiqueta.

Los músicos, vestidos con «smokin» rojo, tocan con el brío propio de los artistas de cabaret, junto al arranque de la escalera. Al compás de la orquesta pasean dos nodrizas elegantísimamente ataviadas, que mecen en sus brazos a dos criaturas de pañales.

VENANCIO *(Que sale vestido de etiqueta de la administración. Se dirige a las nodrizas y pregunta.)* ¿Se han dormido ya?

NOD. 1.^a Sí, señor.

NOD. 2.^a Sí, señor.

VEN. Bien, pues a acostarlos. *(Al Maestro.)* Basta.

(Las Nodrizas hacen mutis por la Administración y tras de ellas Venancio. A poco cesa la orquesta.)

- BETTI *(A los de su grupo y señalando a Venancio.)* Ese es el dueño del hotel.
- MARION
ARANA Dicen que está ganando un dineral.
Ya rico hacerse puede. Todos de Bilbao aquí venimos.
- LULU Ay, hijo, de Bilbao y de otras partes. A ver si te crees tú que sólo los de Bilbao os gastais el dinero.
- ARA. Mujer desir no quise...
- BET. Y si no, aquí tienes a Junqueira dos Santos.
- JUNQUEIRA Oh, estoy moito contento. Este palasio dos viajeros es dos mellores.
- MAR. Pues dicen que este hombre ha prosperado de tal manera que hace dos años LA BOLA era una modesta casa de huéspedes.
- BET. *(Ofreciendo su petaca de egipcios.)* ¿Un cigarrillo?
- ARA. Gracias.
- JUNQ.
VEN. Obrigado. *(Fuman y siguen hablando.)*
(Sale por donde entró y llama al músico que toca el piano, que a la sazón conversa con sus compañeros.) Msaestro.
- MAES. *(Con acento italiano y deshaciendose en reverencias.)* Signore patrón. ¿Son bien dormitorios suos pícolos?
- VEN. Como dos marmotas.
- MAES. ¡Contentísimo! ¡Son dos áncelos! ¡Chentilísimos! De una esmerada fabricachone.
- VEN. La costumbre, la práctica... Esos dos pícolos hacen los números 12 y 13 de la colección. ¡Calcule!... Pero en fin, no se trata de eso.
- MAES. Lei dirá siñore.
- VEN. Se trata del jazz-band.

- MAES. ¡Oh!
- VEN. Nada de ¡oh! Una orquesta sin jazz-band pierde todo su carácter. Le dije a usted que me trajera uno y nada.
- MAES. Oh. síñore...
- ENC. *(Que sale de la Administración elegantemente ataviada y que ha oído las últimas palabras.)* ¡Nada de contemplaciones! Tiene razón mi marido. Aquí nos hace falta uno que meta mucho ruido, como en los demás hoteles de lujo, y usted no lo trae.
- MAES. ¡Oh, síñora patrona!
- ENC. ¿Qué es eso de patrona? Antes, bueno; pero ahora no me cuadra ese nombre. ¿Lo oye?
- MAES. Excusate síñora.
- VEN. Mi señora no excusa nada y además no se tranquiliza hasta que haya un langostino más aporreando un bombo, una pandeleta o lo que sea.
- ENC. Usted nos dijo ayer que para hoy nos traería uno que hacía muy bien todo eso.
- MAES. ¡El millore, del mundo síñora! ¡Un extraordinario artista!
- ENC. ¿Pero dónde está?
- MAES. Ahora viendrá, síñora. Cuesta misma note.
- VEN. ¿Esta misma noche? ¿Y cómo no ha veni-ya?
- MAES. ¡A que dolore, síñor! Cueste gran artista a un poberino desgrachate en la sua vita. ¡El wiski le mata.
- ENC. ¡Borracho!
- MAES. Ma non bebe. En tuto el día no ha probato el licore.
- VEN. ¿Entonces por qué no ha venido?
- MAES. ¡Porque es una víctima de las donas!
- VEN. ¡Ah! ¿También le gustan las gachis?
- MAES. Y la morfina le es altamente perjudiciale.

- VEN. ¡Morfinómano!
- ENC. Pues si que nos va a traer usted una alhaja.
- MAES. Personalmente e un caso de degenerachone ¡Triste vita! Pero como artista ¡maravilloso, extraordinario, grande! El viendrá cuesta note ¡Per mi honore!
- VEN. Bueno, pues si no viene, mañana se van todos ustedes con la música a otra parte.
- ENC. Ni más ni menos.
- MAES. Señores...
- VEN. Y ahora vayan a tocar al otro salón.
- MAES. Complacidísimo.
(Con los demás músicos hace mutis por la derecha. Los que formaban la tertulia, también se han marchado.)
- ENC. *(Malhumorada y refiriéndose al maestro.)*
¡Que canalla! Nos está tomando el pelo.
- VEN. No te enfades, Encarna. Vendrá el langostino que echas de menos; hará todo el ruido que desees y te quedarás tan contenta.
- ENC. ¡Contenta yo! ¡No lo verán tus ojos!
- VEN. ¿Por qué no has de estarlo?
- ENC. No cabe duda de que esta vida es una delicia. Está una llena de preocupaciones y llevándose un disgusto por minuto. Ya verás la que nos espera ahora cuando venga el auto que ha ido a la llegada del rápido de Barcelona.
- VEN. ¿Qué nos espera?
- ENC. Un lío horroroso. ¿No sabes que en este momento solo hay libres dos habitaciones de las trescientas que tiene el hotel?
- VEN. ¿Y qué?
- ENC. ¿Qué hacemos con los viajeros que lleguen ahora? No nos queda más recurso que no admitirlos.
- VEN. Naturalmente.

ENC. ¿Y quieres que no esté de mal humor?.. Esta vida no es para mí. No, Venancio, no. Todos los días lo mismo. El hotel lleno. ¿Que los das peor de comer? Lleno. ¿Que subes los precios? Lleno. ¡Siempre lleno!

VEN. ¿Y por eso te quejas? Si no fuera porque eres la madre de mis trece hijos y porque está muy feo liarse a dar patadas en un hall, yo te aseguro, Encarna, que ibas a acabar de gruñir ahora mismo.

ENC. ¿Me amenazas encima?

VEN. ¿Pero encima de qué? ¿Qué desgracias son las tuyas? ¿Acaso querrías seguir viviendo en aquella miserable casucha de la calle de los Tres Peces, donde llevabas una vida aporreada, fregando, lavando y guisando para mal vivir a costa de matar de hambre a los desgraciados que caían en nuestras garras?

ENC. ¿Matar de hambre? Tanto como eso...

VEN. Sí, Encarna. Acuérdate de que cuando Pappus actuó en Madrid por última vez, fueron a verle nuestros huéspedes y le patearon, so pretexto de que no tenía nada de particular su trabajo.

ENC. Exageras.

VEN. De dos años a esta parte nos ha soplado la suerte de un modo realmente huracanado. Cierto que el dinero de Moncada nos ha servido para ampliar nuestra industria. ¿Pero como íbamos a soñar en convertir LA BOLA en el mejor hotel de España? ¿Cómo creer que desde hace un año que estamos instalados aquí la utilidad no ha bajado jamás de mil pesetas diarias?

ENC. ¿Y qué?

VEN. ¿Cómo que y qué?... ¿No somos ricos ya? ¿No tenemos en las manos una fortuna ina-

gotable? ¿No vives como una princesa sin otro trabajo que gruñir? ¿No tenemos a nuestros hijos en los mejores colegios del extranjero? ¿No se duermen los pequeños arrullados por la melodía de una orquesta y en los ebúrneos brazos de dos pasiegas previamente analizadas, esterilizadas y hasta filtradas si me apuras? ¿Pues qué más quieres, Encarna? ¡Así sois las mujeres! Según mejoráis de vida, empeoráis de genio.

ENC. Bueno, no sigas, no sigas. Tienes razón; pero una se toma un disgusto por cualquier cosa. *(Llamando.)* ¡Filo!

FILO *(Sale correctamente vestida de negro con delantal de peto y cofia. Aunque sigue tan ordinaria como antes, acierta a dar cierto empaque a su figura.)* Señita.

ENC. ¿Se han dormido los niños?

FILO ¿Cuálos, los de este año, los del pasao u los del otro?

ENC. Los del año pasao.

FILO Sí, señita, están dormidos los seis.

ENC. Pues anda, dique les den a las amas el vaso de leche; pero no de la que se le da a los viajeros de la casa.

FILO *(Iniciando el mutis).* De seguía.

(Doña Teresa y Fifi que salen por la derecha.)

D.^a TERESA Buenas noches.

VEN. ¿Qué, no ha venido a cenar don Medardo esta noche tampoco?

D.^a TER. Tampoco. Y ya son tres las noches que nos deja solas.

ENC. Compromisos tal vez.

D.^a TER. ¡Quién lo sabe! Mi marido es más reservado que el Campo del Moro.

VEN. ¿Ah, sí?

D.^a TER. ¿Medardo? ¡No lo conocen ustedes! Su vida

ha sido siempre un misterio para nosotras. Además no se le puede preguntar porque se molesta. Todos los años coge un berrinche el día que hace el padrón.

FIFI Lo cierto es que a papá debe ocurrirle algo grave, porque él, que es cariñoso y efusivo, está cambiado de algún tiempo a esta parte ¿Han notado ustedes?...

VEN. Nosotras y todo el mundo. Hasta la camarera que nos arregla la habitación me lo ha dicho, haciéndome vislumbrar el ridículo.

FIFI Y lo extraño es que debía estar muy contento, ahora que solo faltan quince días para mi boda.

D.^a TER. ¡Ya ven ustedes! ¡Con lo que él quiere a Moncada!

VEN. Acaso sus asuntos de Soria le preocupen. La mantequilla ha bajado de un modo alarmante. Tal vez...

D.^a TER. No se... En fin, lo que sea sonará. Si viene, hagan el favor de decirle que estamos en ese salón oyendo la música.

VEN. Muy bien.

FIFI Paco estará al llegar.

VEN. Según su telegrama viene en el rápido de Barcelona. Cuestión ya de unos minutos.

FIFI Pues hagan el favor de decirle dónde estamos.

VEN. Bien. (*Vanse por la derecha Fifi y doña Teresa.*) Voy a la puerta a esperar el auto y a ver que combinación puedo hacer para que no se nos vaya ningún viajero. (*Vase por la derecha.*)

VEN. (*Llamando con la mano a una persona que debe estar en el inmediato salón de la derecha.*) ¡Chíst, chíst!... Sí, a ti es... Haz el favor.

MARION (*Saliendo.*) ¿Me llama usted a mí?

- VEN. Sí, ¿qué tal el portugués y el bilbaino? ¿hacen gasto?
- MAR. De saliva, sí. ¡Se arruinan materialmente! El bilbaino no hace más que hablarnos de sus minas de carbón, que ya nos tiene negras, y el portugués de su ingenio.
- VEN. Es muy gracioso.
- MAR. De su ingenio de San Pablo del Brasil.
- VEN. ¿Y qué toman?
- MAR. Café y además se nos están fumando los pitillos, sobre todo el lusitano se fuma una de egipcios que parece una pirámide.
- VEN. Bueno, yo os indemnizaré. Dejad a esos pelmazos y oye: (*Saca un papel y lo lee.*) «Gastón Dupont--Cuarto número 43--De la embajada francesa. Delira por el Pernot. A la segunda copa despilfarra. Hay que hacer que despilfarre.—James Jones, inglés. (*Sin leer.*) Con este no os molesteis. A los ingleses no hay manera de sacarles nada. (*Leyendo.*) «Okono Liao—Japonés—Número 115. (*Sin leer.*) Liao. Tan poco te conviene. (*Leyendo.*) Francisco González—Mexicano millonario—Marqués de Lora del Río Sevillano propietario». (*Sin leer.*) Bueno, duro con el Río que es donde hay porvenir, sin despreciar al de Méjico. Toma la lista y no seas tonta. Cobra al que gaste.
- MAR. Y al que no gaste, escoba.
- VEN. Me adhiero al retruécano.
- MAR. Hasta ahora.
(*Vase.*)
- MONCADA (*Viene por el segundo término derecha taciturno y entrega el sombrero y el gabán a un mozo que le sigue con una maleta y que hace mutis por la escalera.*) ¡Hola, Venancio!
(*Se deja caer abatido en un sillón.*)

VEN. Hola, Paco. Pero, ¿qué es eso? ¿Cómo vienes? ¿Qué te pasa?

MON. Vengo muerto. Venancio, ¡muerto!

VEN. No me asustes. ¿Te ha ido mal en este viaje? ¿Acaso las sucursales de provincias? ¡Habla! ¿qué te ocurre?

MON. No se trata de nada de eso. Mis asuntos progresan como por arte mágico... Lo que me ocurre es algo más grave, porque entraña la desgracia de toda mi vida, la destrucción de mis anhelos y esperanzas.

VEN. Bueno, ¿pero quieres explicarme?...

MON. Oye y tiembla. Como sabes, la suerte me ha favorecido en los negocios que he implantado. Por si esto era poco, los tres generosos amigos que me dieron su dinero, jamás han consentido ni que les hable del estado de mis industrias. Ninguno de ellos, después de dos años, sabe si me ha ido bien o mal. Parece que no les interesa. Esta halagadora confianza en mí depositada, venía a acrecentar mi dicha, que culminaba en mi proyecto de matrimonio.

VEN. Ya muy próximo.

MON. Pues bien; óyelo y llora mi desventura, ¡esa boda es imposible!

VEN. ¿Qué dices?

MON. Lo que oyes.

VEN. ¡Caray! Habla, Moncada. Razones, razones.

MON. A eso voy. Anteayer en Barcelona, tratando con unos ricos comerciantes de Tánger, he conocido el origen de la fortuna de don Medardo Monreal, mi futuro suegro.

VEN. ¿Acaso?...

MON. ¡Sí, Venancio! Monreal debe su inmensa fortuna a negocios de contrabando.

VEN. ¿Estás seguro?

MON. He tenido en mi mano pruebas irrefutables.

- VEN. ¿Y por eso vas a deshacer tu boda?
- MON. ¿Cómo he de casarme yo con la hija de un contrabandista?
- VEN. Desecha esos prejuicios, Paco... Piensa en la extraña amalgama de esta moderna sociedad...
- MON. ¡Imposible! Eso es invitarme a renegar de mi pasada y de mi descendencia. ¿Olvidas que don Ambrosio de Moncada peleó contra los infieles al lado de Alfonso VIII? ¿No sabes que Pedro de Moncada colaboré con el Rey Sabio en las Leyes de Partida?
- VEN. Pero bueno, aunque te cases, ni don Ambrosio ni don Pedro lo tomarán tan a mal como tú supones. Tú eres un hombre moderno, Paco, y el hombre moderno no debe jugarse la felicidad y el porvenir por un «quitame allá ese blasón.»
- MON. Conformes. El tiempo y la vida han desarraigado de mí esos convencionalismos; pero no soy yo solo. No olvides, Venancio, que anda por el mundo un Arcadio de Moncada, tío carnal mío, el cual, si supiera que su sobrino se unía en lazo indisoluble con la hija de un contrabandista, tardaría en morir el tiempo que tardara en maldecirme.
- VEN. Según eso, ¿renuncias a la boda?
- MON. ¡Fatalmente!
- VEN. Te advierto que tu novia te espera impaciente ahí.
- MON. No quiero verla. ¡Me falta valor!... Hablaré con su padre, le devolveré su dinero, le renovaré mi gratitud impercedera, eso sí pero tendré el valor suficiente para afrontar la situación con toda la dignidad que exigen mi apellido y mi origen... Y ahora, déjame. Voy a hacer unas cuantas anotaciones.
(*Entra en el gabinete de lectura.*)

- ENC. (*Saliendo.*) ¿Qué le pasa a Moncada? Me ha parecido oírte discutir con él.
- VEN. Lo que la pasa no tiene remedio, porque lo que le pasa es que es tonto de la cabeza. Figúrate que va a romper sus relaciones con Fifi.
- ENC. ¿Qué dices?
- VEN. Calla, que ella viene
- FIFI (*Que sale con doña Teresa.*) ¿Pero y Paco? Le hemos visto venir y no va a reunirse con nosotras.
- VEN. Viene preocupado... Se conoce que los negocios...
- FIFI ¿Le sucede algo? Hable usted.
- VEN. No. No se alarme; no es nada.
- FIFI ¿Dónde está?
- VEN. Ocupadísimo en este momento. Me ha rogado que no le distraigamos... Está echándose sus cuentas... -
- FIFI ¡Qué raro!
- D.^a TER. Lo primero que ha debido hacer es ir a saludar a su novia y a su futura suegra.
- ENC. ¿Quién tienen ustedes a don Medardo.
- VEN. Y viene acompañado de Troncoso y de don Juan de la Cuesta.
(*Por la derecha se ve llegar a los personajes aludidos.*)
- D.^a TER. ¡Qué extraño!
- D. MEDARDO (*Muy grave.*) Buenas noches.
- TRONCOSO (*También grave.*) Buenas.
- D. JUAN (*Lo mismo.*) Felices.
- D. MED. Tomen ustedes asiento.
- D. JUAN (*Sentándose.*) Gracias.
- TRONC. (*Idem*) Con permiso.
- VEN. Caramba, señores... Parece que vienen ustedes disgustados.
- D.^a TER. Ya, ya. Después de tener esperando a tu mujer y a tu hija, llegas de un modo, que...

- D. MED. ¡Silencio!
- VEN. Don Medardo, no se enfade usted. . .
- TRONC. ¡Chitón!
- VEN. ¿Qué?
- D. JUAN ¡Ni una palabra!
- D.^a TER. ¿Pero se puede saber que les ocurre?
- D. MED. Ahora mismo. Pero antes, es preciso que esta pobre niña esté apercebida.
- TRONC. Va a sufrir un golpe muy duro.
- D. JUAN ¡Tremendo!
- FIFI ¡Por Dios, papá, habla! ¿Se trata de Paco?
- D. MED. ¡No me asusten ustedes!
- D. MED. De él precisamente se trata, hija mía, y es necesario que le olvides.
- FIFI ¡Eh!
- D.^a TER. ¿Qué estás diciendo, Medardo?
- D. JUAN Lo que está diciendo va a misa, señora.
- TRONC. Va a misa y la oye.
- FIFI ¡Qué desgraciada soy! Habla, papá, habla.
- D. MED. Sí; hablaré y en voz alta para que todos lo oigan. El señor don Francisco de Moncada es un estafador.
- TODOS ¡Eh!
- (Sale Moncada.)
- MON. ¡Qué dice usted! ¿Qué infamia se trama contra mí?
- D. MED. Lo dicho, dicho está.
- D. JUAN ¡Yo lo sostengo!
- TRONC. ¡Y yo!
- MON. ¡Y esa acusación lanzada precisamente por ustedes tres! ¡Oh, no lo creo! No hagan que me olvide de la gratitud que les debo. Hablen y díganme cual es el delito de que me acusan.
- D. MED. Es inútil repetir lo que usted sabe perfectamente; pero puesto que desea oírlo de nuestros labios, yo, en nombre de estos dos señores y en el mío propio, le diré: Usted,

señor de Moncada, es un falsario, que nos hizo creer que era rico, archimillonario, cuando, en realidad, no ha tenido usted jamás sobre qué caerse muerto.

MON. ¿Pero qué dicen ustedes? ¿Estaré soñando?
TRONC. Estamos completamente ciertos de lo que ha dicho don Medardo.

D. JUAN Alguien que le conoce a usted bien desde muy antiguo, nos ha abierto los ojos y nos ha dicho toda la verdad. Atrévase usted a decirnos que es cierto lo del californiano y lo de la fábrica de paraguas de San Francisco.

MON. ¡Qué dice!

TRONC. Todo es una fantasía, como son fantasía todos los negocios que usted propone.

MON. ¡Eh!

D. JUAN No tiene más finalidad que estafar a los incautos.

FIFI ¡Ay, mamá!
(Llora).

D. MED. No contento con llevarse mi dinero, quería llevarse también a mi hija; pero por fortuna he llegado aun a tiempo de impedirlo.

FIFI ¡Con todo el equipo hecho!

MONC. (Enérgico.) ¿Quieren ustedes decirme cuando he tratado yo de hacerles creer que fuese millonario? ¿No he hablado separadamente con ustedes tres, cuando les expuse mis negocios? ¿No dije siempre que mi entusiasmo era tan grande como nulos mis recursos?

D. MED. Cierto que a nosotros nos dijo todo eso; pero a su íntimo amigo Venancio aquí presente, le hizo usted creer todo lo contrario.

MON. ¿Yo?

TRONC. ¿Se atreve a negarlo?

MONC. Naturalmente que me atrevo. Como que es falso.

- D. MED. (A Venancio.) ¿Oye usted? ¡Qué cinismo!
TRONC. (A Venancio.) Hable usted.
- D. JUAN Repítz lo de la Fábrica de Paraguas.
MONC. ¡Habla, Venancio! ¡Por tu madre!
VEN. Allá voy. Pero han de prometerme ustedes no enfadarse ni recriminarme. Soy el único falsario; pero creo que mi falsedad ha beneficiado a todos.
- MONC. ¿Tú, falsario?
VEN. Yo dije que tu eras inmensamente rico; pero que en busca de afectos sinceros aparentabas no tener una peseta. Conté curiosas anécdotas y hablé de un californiano que te dió un dinero para emprender un negocio fantástico y al que tu devolviste una suma mucho mayor.
- MONC. ¿Y por qué mentiste, Venancio?
VEN. Porque quise hacer una comedia, no para representarla, sino para vivirla. Porque tu me pediste la comedia de dinero e inmediatamente elegí a ustedes, personajes que habían de representarla... Estos señores, atentos a la fábula del californiano te brindaron su amistad romántica y te entregaron sus dineros, en la seguridad de recibirlos quintuplicados.
- TODOS ¡Eh!
VEN. Eso es todo. Por eso jamás te han pedido cuentas... Conste, señores, que mentí, y ahora velando por el restablecimiento de la verdad, declaro que mi amigo Paco de Moncada, jamás tuvo otro caudal que seis mil pesetas, de las que yo me hice cargo y que, *ipso facto*, pasaron a la historia.
- D. MED. Pues la bromita era como para patearle a usted la cabeza.
- TRONC. Bueno; pero el dinero,.. ¿que se ha hecho del dinero?

- MONC. Van ustedes a saberlo. (*Consultando un cuadernito.*) Señor Tron-coso: Las cien mil pesetas que usted me entregó fueron invertidas en maquinaria agrícola. Hoy ha triplicado su dinero.
- TRONC. (*Con alegría.*) ¿Es posible?.
- MONC. El negocio de los abonos químicos tampoco se ha quedado atrás y las cien mil pesetas se han convertido en cerca de setecientas mil.
- D. JUAN (*Gozoso.*) ¡Paquetel! ¡Un abrazo! Si ya sabía yo que tú...
- MON. Y por último, el automóvil Moncada, construido por mí, ha tenido un éxito superior a toda ponderación; tengo quien dé a usted por su parte más de quinientas mil pesetas.
- D. MED. (*Muy amable.*) Pero que quisquilloso eres, hombre. ¿Cómo abandonarte en el negocio?
- MONC. Respecto a ustedes puedo extenderles dos cheques por las cantidades...
- TRONC. ¡De ningún modo! Con usted hasta la muerte.
- D. JUAN ¡Hasta la tumba!
- VEN. Además el señor Moncada es copropietario de LA BOLA y LA BOLA vale hoy un pico.
- D. MED. No hablemos más de intereses, porque esto empequeñece y aminora la amistad. Desvanecido ya un error lamentable, sigan las cosas como estaban y sólo pensemos en el próximo enlace de mi hija con este buen amigo.
- MONC. En cuanto a eso, don Medardo... lo siento mucho; pero esa boda es imposible.
- TODOS ¡Eh!
- FIFI ¿Que dices, Paco?
- MONC. Digo, Fifi adorada, que te quiero con la más vehemente exaltación; pero una sombra fatídica se opone a nuestra dicha.

- FIFI ¡Paco!
- VEN. ¡Moncada!
- MONC. Si no fuera por lo que es, yo no vacilaría,
¡bien lo sabe Dios! pero existe alguien...
que... en fin ¡por piedad, no me hagan
hablar.
(*Dentro se oye un tremendo escándalo. Todos se alarman.*)
- VEN. ¡Eh! ¿Qué es eso?
- ENC. ¿Quién da voces? ¿quién riñe?
- MAESTRO (*Saliendo con visible apuro.*) ¡Oh, señore!
- VEN. ¿Qué pasa? ¿Qué eso?
- MAES. Que viene ese grande artista.
- VEN. ¿El jazz-band?
- MAES. ¡Eso!
- ENC. Pero ¿por qué es ese alboroto?
- MAES. Porque... el virtuoso profesor llega un pí-
colo... mareato...
- VEN. ¿Borracho?
- MAES. ¡Oh, ma non tropo! El conoce... conoce.
- ENC. ¡Meternos en casa esa clase de gente es in-
tolerable!
- MAES. Es un gran virtuoso señora. Aquí está.
(*Entre varios traen al jazz-ban, que, dado su estado de embriaguez, no puede sostenerse. Viste como los otros músicos; pero lleva las ropas en desorden. Al llegar a escena mira a todos con cara de idiota.*)
- JAZZ-BAND Buenas noches.
- ENC. ¡Qué vergüenza!
- JAZZ-BAND (*Fijándose en Moncada y dando un grito de sorpresa.*) ¡Eh! ¡Que ven mis ojos!...
¡Paco! ¡Eres tú!
- MON. (*Desplomándose en los brazos de Venancio al reconocer al recién llegado.*) ¡Cielos!
¡Mi tío Arcadio de Moncada!
- D. MED. ¿Qué dices?
- MONC. (*Reaccionando.*) Digo que me caso.

- TODOS ¡Eh!.
- MONC. Fifi, perdóname...
- FIFI ¡Paco!.
- MON. ¡Ay, Venancio, amigo mío! ¡que razón tenías!.
- VEN. ¿Lo ves?... Y mira aquí el desenlace de mi comedia... Ella te dirá, que, salvo los verdaderos afectos, en la vida todo es mentira. ¡La bola! La perpétua bola que todo lo arrolla y ante la cual solo cabe una de dos soluciones: o subirse en ella y aprender a andar como un equilibrista de circo, o arrojarse a su paso y dejar que nos pase por encima.
- MON. ¡Tienes razón, Venancio!.
- VEN. (*Alto.*) Y ahora, música en la orquesta para que debute el jazz-band, dedicando su primera actuación a don Alfonso VIII el de las Navas...

T E L O N

FIN DE LA FARSA

Obras de Antonio Estremera

- | | |
|--------------------------|------------------------|
| Libros usados. | El día y la noche. |
| El hijo de doña Urraca. | El templo de Cupido. |
| El hombre pañuelo. | Las mujeres de teatro. |
| El bajo cantante. | La reina alegre. |
| La reina del tango. | Las medias caladas. |
| El hogar alegre. | Agua de borrajas. |
| El reloj de arena. | La mujer soñada. |
| El gran duque Simple IV. | El despertar del león. |
| Juego de amor. | El ogro. |
| El padre Cirilo. | El rey del fado. |
| La Pepita de Oro. | Secretaría particular. |
| Las cuarenta horas. | El rey de la selva. |
| Pan de Viena. | Los brazos caídos. |
| El stau quo. | Un pedazo de pan |
| El gran demócrata. | Los ilustres doctores. |
| El chic Parisiën. | La dichosa honradez. |
| El alma del león. | El camino de todos. |
| Cuento sinfónico. | La bola. |

Don Quintín el amargao.

Precio: 3,00 pesetas